

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO VII

Valladolid: Junio de 1909

Núm. 78

EXCURSIÓN A ÁVILA

(16 Y 17 DE MAYO DE 1909)

Acordado en principio esta excursión durante el regreso de la de Burgos, por ser Avila una de las pocas poblaciones de la región, que todavía no había sido visitada por la Sociedad, fuimos reuniéndonos en la estación del Norte unos cuantos excursionistas, ansiosos de conocer la venerable ciudad que sólo desde la vía férrea y de paso ó de retorno de Madrid había sido vista por la mayoría.

Un tanto húmedos, nos instalamos en un confortable coche de tercera, preparado *expresamente* para nosotros por uno de los servidores de la línea, minutos antes de emprender la marcha, y hecho el recuento (que para algunos tuvo consecuencias) por el Sr. Sabadell, quien con tanta facilidad adorna un salón regio como forma un presupuesto excursionista ó recauda pesetejas, fué nos entregando el correspondiente billetito que recibimos y guardamos cuidadosamente. D. José, el infatigable é impenitente excursionista, después de dirigirnos cariñoso saludo, hubo de fijarse en quien estas líneas escribe para confiarle el honroso papel de cronista, no por otra causa que haber nacido en la provincia y estudiado en la capital que íbamos á visitar; pero poniéndole en grave aprieto, pues ni interior ni exteriormente estaba preparado, hasta el punto de tener que proveerle, mediante cuestación, de los más indispensables útiles de labor; y mientras los recibía

hube de pensar: «¡que humo las dichas de la vida son!» plagiando al poeta de las Doloras. ¡Iba con tanto gusto hacia mi país natal, y me encomendaban empresa para mí tan árdua!

Al mediar el día llegamos á Medina; la hora, el estado de nuestros estómagos, el aspecto de la fonda, y sobre todo la seriedad del conocido programa, invariable cuando de tomar sólidos ó líquidos se trata..., todo convidaba á entrar, y en efecto, alrededor de interminable mesa fuímonos sentando los Sres. Agapito y Revilla, Amor, Blázquez, Braún, Castillo, González Lorenzo (Mario), Martí, Miralles, Reoyo, Retuerto, Ruano, Sabadell, Sánchez Santarén, y este desdichado cronista, que, por tomar notas del *menú* y porque la temperatura de la sopa no permitía correr, se quedó casi en ayunas, si bien, á juzgar por los efectos que el primer plato, *condimentado con sebo*, y la merluza *cruda*, causaron en los pacientes Reoyo y Santarén, y por los esfuerzos que hubo de realizar para partir una chuleta nuestro presidente, quien pidió más de un cuchillo hasta que se convenció de que por buen temple que los toledanos tuvieran lo tenía mejor aquélla fósil carne, hube de dar gracias al cargo que no me consintió participar del *opiparo* almuerzo, cuya cuenta hizo poner un gesto al amigo Sabadell..., y eso que tiene costumbre de habérselas con posaderos como el

que ya en el siglo XVI describía el humorista don Eugenio de Tapia. Cuando de nuevo nos instalamos en nuestro *sleeping*, hubo socio que propuso que se regalara al cocinero uno de los peregrinos libros que han hecho popular el nombre de Angel Muro, no faltando quien creyera más apropiado al caso un arancel ó que se solicitara de los poderes públicos que se declarara á ciertos establecimientos en estado, no de guerra, sino de perpétua *tasa*.

Ocupados en comentar los incidentes á que daba lugar la no del todo terminada refacción, apenas nos fijamos en la formidable tormenta que se nos echaba encima, y que hizo que en la estación de Arévalo no pudiéramos apear nos, á pesar de los vehementes deseos de no pocos.

La lluvia fué cesando, y cuando de improviso se presentó á nuestra vista la patria de Teresa de Jesús, con su «cintillo de torres», aquella ciudad que según el inmortal Zorrilla

parece decoración
de una escena de un dramón
del viejo romanticismo,

pudimos contemplar á nuestro sabor el casi único en su género

ejemplar de construcción
de la edad del feudalismo;

y todavía duraba en nuestra retina la impresión de tantas torrecillas agrupadas en torno á otra más elevada y elegante, la de la catedral, de las que las demás parecen servidoras, cuando la voz de ¡Avila, quince minutos de parada y fonda! y la gratísima de nuestros consocios Sres. D. Abelardo Merino y D. José Díaz de la Guardia, que nos daban cordial bienvenida, nos hicieron dejar apresuradamente el coche para estrechar aquellas manos amigas, y poco después la del reputado doctor en Farmacia don Juan de la Puente, alcalde de la ciudad visitada, y que en nombre de ésta venía á saludarnos, poniéndose incondicionalmente á nuestra disposición. Devolvió el cortés saludo á la histórica ciudad nuestro presidente Sr. Martí, agradeciendo en lo que valía la atención, y utilizando los inteligentes servicios de los señores la Puente, Merino y Díaz de la Guardia, que se ofrecieron con exquisita galantería á servirnos de cicerones, entramos á pie con objeto de ir aprovechando el tiempo, que, como en todas nuestras excursiones, no pudimos desperdiciar.

Desde la carretera contemplamos los frondosos jardines, delicadamente cuidados, como afirmaba Sabadell, del hermoso paseo de San Antonio, el exterior del convento de Santa Ana, en cuya tapia se vió de prisa una inscripción árabe, y al pasar por las tortuosas calles que al centro de la ciudad nos llevaban, no faltó excursionista que contempló con arrobamiento casi artístico bellezas *contemporáneas* con mucho color y mucha vida.

Llegamos á la hermosa plaza, llamada Mercado

grande, en la que se alzan las casas más modernas y confortables de la población, cerrada por una parte por la imponente mole del regio Alcázar y limitada por la otra, por lo que fué objeto de nuestra primera visita, la

Iglesia de San Pedro.

Mientras traían las llaves dimos la vuelta al hermoso templo románico, deteniéndonos principalmente en la portada Norte, acaso la mejor de cuantas de esta época se conservan; la constituyen cinco arcos decrecientes, rodeados por una archivolta de ejecución delicadísima y ornamentados con diferentes motivos, muy bien conservados. La planta de la iglesia es de cruz latina, formada por tres naves, dos laterales, en las que se va iniciando el arte ojival; una linterna octogonal, que se alza más que las bóvedas inmediatas, remata el crucero.

En la portada principal, que se abre al Oeste, frente á la puerta del Alcázar, hay un soberbio rosetón formado por doce columnas que, partiendo de un pequeño anillo terminan en la circunferencia, á manera de radios, dividiéndole en otras tantas ventanas de forma de trapecio circular.

En el interior existen algunos enterramientos del siglo XV, un retablo plateresco, una reja de hierro de algún mérito y en las bóvedas se notan adornos policromos de muy buen gusto é interesantes desde el punto de vista de la policromía aplicada á la ornamentación.

Los monjes de Cluni, como opina el Sr. Foronda, construyeron esta iglesia «uno de los mejores templos románicos españoles», según afirma el señor Blázquez en su Guía de Avila; data de la época en que empezó la repoblación de esta ciudad, á fines del siglo XI, como la mayor parte de los que en Avila existen, pues asegurada la posesión de esta región por los cristianos á consecuencia de la conquista de Toledo, poco antes llevada á cabo por Alfonso VI, pudo el espíritu religioso de la época elevar templos en los que se atesoraran riquezas artísticas, sin racionales temores á que nuevas irrupciones de islamitas destruyeran la obra de la piedad medieval.

Al salir de San Pedro, nombre que se debe á estar dedicada al Príncipe de los apóstoles, contemplamos la airosa estatua de Santa Teresa de Jesús, levantada en 1882, en que la ciudad conmemoró el tercer centenario de la muerte de la Seráfica Doctora. En su pedestal se han esculpido los nombres de los hijos de Avila que más sobresalieron por sus dotes como políticos, en el cultivo de las letras, en el ejercicio de las armas ó que han merecido de la Iglesia ser elevados á los altares, agrupándose de este modo alrededor de su excelsa paisana, para darla

nuevo esplendor, los nombres de San Segundo, San Juan de la Cruz, Isabel la Católica, el pacificador del Perú Pedro de Lagasca, Diego Espinosa, el mejor ministro de Felipe II, Diego Mexía de Velázquez, gobernador de Milán, el sutil é infatigable escritor Alonso de Madrigal, el Tostado, el notable músico, catedrático en Salamanca, Sebastián Vivanco, Gil González Dávila, cronista de Felipe III, y los esforzados capitanes Alonso Dávila Alvarado, descubridor del Golfo Dulce y gobernador de Nueva España, el conquistador de este rico territorio, Alonso Dávila Guzmán, Sancho Dávila, apellidado el Rayo de la Guerra, y otros muchos varones ilustres, cuyos nombres presentes tienen á la vista los abulenses, viniendo á ser dicho monumento, no sólo un resumen de las glorias patrias, sino algo así como una incitación á imitarlas y un estímulo para que algún día figure en aquel catálogo un nombre más orlado con la aureola de la virtud, de la ciencia ó del heroísmo. Tiene, á mi modo de ver, este sencillo monumento mucha más importancia que desde el punto de vista artístico y ornamental considerado como medio de educación.

Avisados por nuestro amabilísimo guía Sr. la Puente de que podríamos presenciar una procesión y mientras ésta salía de la catedral, fuimos al paseo del Rastro, hermoso mirador verdaderamente colgado sobre el valle de Amblés y desde el cual se descubre un dilatado horizonte que limitan estribaciones de la Carpeto-Vetónica, algunas de cuyas cimas están todavía coronadas por la nieve, á la que arranca el sol irisados destellos. Vimos casi á nuestros pies el convento de Gracia, donde se educó la Santa, como por antonomasia se nombra en Avila á Santa Teresa, las esbeltas y elevadas torres de Santiago y San Nicolás, á la izquierda el convento de Santo Tomás, al frente y casi oculta entre el follaje de los árboles la ermita de Sonsoles, distante de la ciudad unos tres kilómetros, y en donde terminaría la procesión de la tarde, y esparcidos acá y acullá, destacándose sobre enormes rocas graníticas las espadañas de la iglesia parroquial, multitud de pueblecillos. Cuadro encantador, de cuya contemplación hubo que arrancar casi á viva fuerza al amigo Santarén.

Las campanas nos anunciaron que la procesión iba á empezar, y contemplando al paso la amplia calle de San Segundo y el robusto ábside de la catedral, cuyas almenas, matacanes y saeteras dan á conocer cuán formidable fortaleza debió ser en aquellos remotos tiempos, nos dirigimos por la puerta de la muralla denominada del Peso de la Harina, porque en ella cobraba el Cabildo un tributo por la harina que entraba en la ciudad, á la fachada Norte de la catedral, por la que salió la procesión, que presidida por el obispo, tenía por objeto impetrar de la Virgen de Sonsoles, venerada en toda la

comarca con gran fe, el beneficio de la lluvia; el Ayuntamiento presentó la tradicional ofrenda de media arroba de cera, siendo grandioso el golpe de vista que aquella multitud, con sus típicos trajes, ofrecía, disputándose el honor de llevar sobre sus hombros la milagrosa imagen.

Conventos de San José, Santo Tomás, Gordillas y Santa Ana.

Por este orden fueron visitados, admirando en el primero, llamado vulgarmente de las *Madres*, y primera fundación de la Santa abulense, además de varias reliquias de la fundadora, encerradas en riquísimos relicarios, las bóvedas que, como las de otras muchas iglesias y las murallas de la ciudad, son de pórvido ordinario con vetas rojas y blancas, de bello conjunto; la estatua orante del obispo Alvaro Mendoza hecha por Jordán; otra también bastante buena, de San José, colocada sobre la puerta de la iglesia, que fué regalada á la Comunidad por Felipe III y debida al pincel de Giraldo de Merlo, y el artesonado del primitivo templo, en el que se celebró la primera misa el 24 de Agosto de 1562.

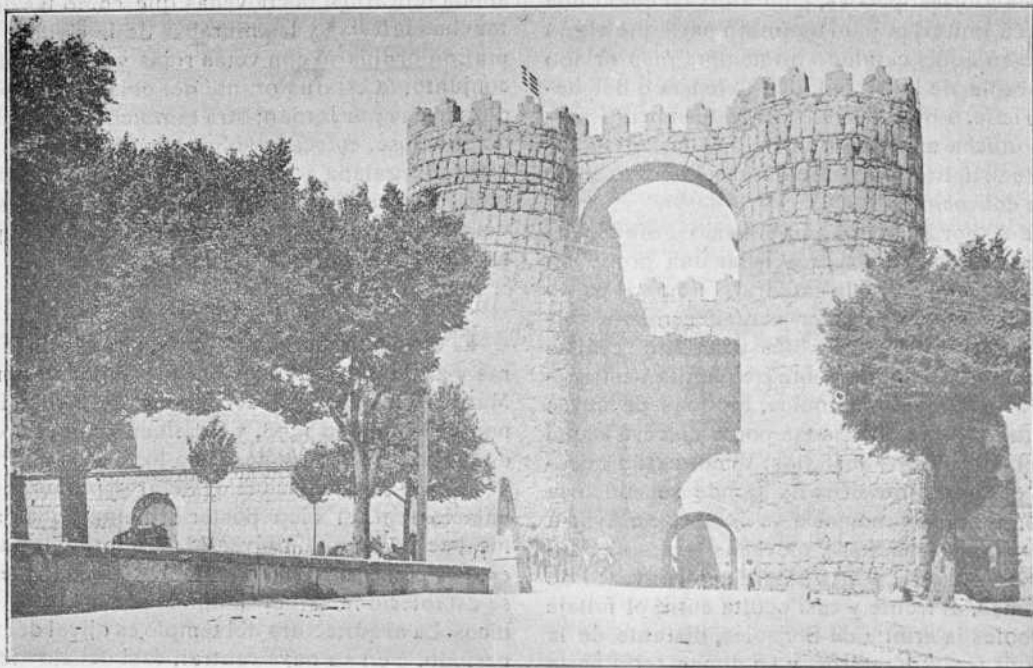
El convento de *Santo Tomás*, situado en las afueras y al SE. de la población, fué fundado por doña María Dávila, esposa del Virrey de Sicilia D. Fernando Acuña, en 1478, y terminado con el producto de las confiscaciones hechas á los judíos por los Reyes Católicos, quienes le destinaron primeramente á palacio real, si bien posteriormente en el mismo local se erigió una universidad, suprimida la cual, estuvo por completo abandonado, hasta que en él se estableció la actual Comunidad de frailes dominicos. La arquitectura del templo es ojival del último período, y en su nave central, casi debajo del altar mayor, está el túmulo del infante D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, que aunque lastimosamente mutilado, es una obra bellísima de estilo del Renacimiento, debida al escultor florentino Domenico Alejandro. Le constituye una urna de finísimo alabastro flanqueada por águilas en sus ángulos, estando sus costados cubiertos con medallones y hornacinas de exquisita labra; rodea la parte superior, sobre la cual se destaca la estatua yacente del príncipe, de excelentes proporciones y maravillosa construcción, una delicada guirnalda de flores entre las que, á trechos, hay escudos sostenidos por ángeles. Al ver desde el altar la estatua de aquel joven, muerto á los 19 años, hubo excursionista á quien se le ocurrieron consideraciones de índole filosófico-histórica acerca de cuánto habría quizá cambiado el curso de la historia patria si no hubiera sido arrebatado en tan tierna edad el heredero de la piedad

magnánima de Isabel y de los talentos políticos y diplomáticos de Fernando (1).

En el altar mayor, asentado sobre una bóveda que se alza casi á la misma altura que el coro, hubo de admirar el retablo de estilo gótico y en el que el hábil pincel de Berruguete padre, pintó magistralmente algunas tablas. Pasóse de allí al coro, cuya sillería de nogal tallado es una filigrana, pues valiéndose únicamente de dibujos geométricos, es tal la variedad de asuntos que no se encuentran dos iguales, siendo la talla finísima hasta el punto de que más que sillería parece delicado encaje, y en los

extremos de la misma se destacan las sillas que solían ocupar los conquistadores de Granada. Su estilo es el gótico florido y fué terminada á fines del siglo XV. Es notable una escalera que conduce al coro, el famoso claustro de los Reyes, donde se conservan las habitaciones que los Católicos utilizaron, la Biblioteca compuesta de unos 5.000 volúmenes y el Museo de Historia natural, en el que predominando la fauna y flora del Archipiélago Magallánico, puesto que en él practicaban los frailes de la Orden la cura de almas, pudimos observar un hermoso y arrogante ejemplar de la *capra hispánica*, conoci-

AVILA



PUERTA DE SAN VICENTE

da entre el vulgo con el nombre de cabra montés, peculiar y exclusiva de las fragosidades de la sierra de Gredos, que con su siempre encanecida cabeza se yergue altiva en el partido de Arenas de San Pedro, en el S. de esta provincia.

Subiendo una empinada cuesta llegamos al convento de monjas Claras, denominadas vulgarmente

(1) No se dan fotografados de este importante convento de Santo Tomás, por haberse publicado cuatro en el número 23 de este BOLETÍN, ilustrando el artículo «Tres fundaciones de Isabel la Católica» del Sr. Repullés. Véase página 457 del tomo I del BOLETÍN. (N. de la D.)

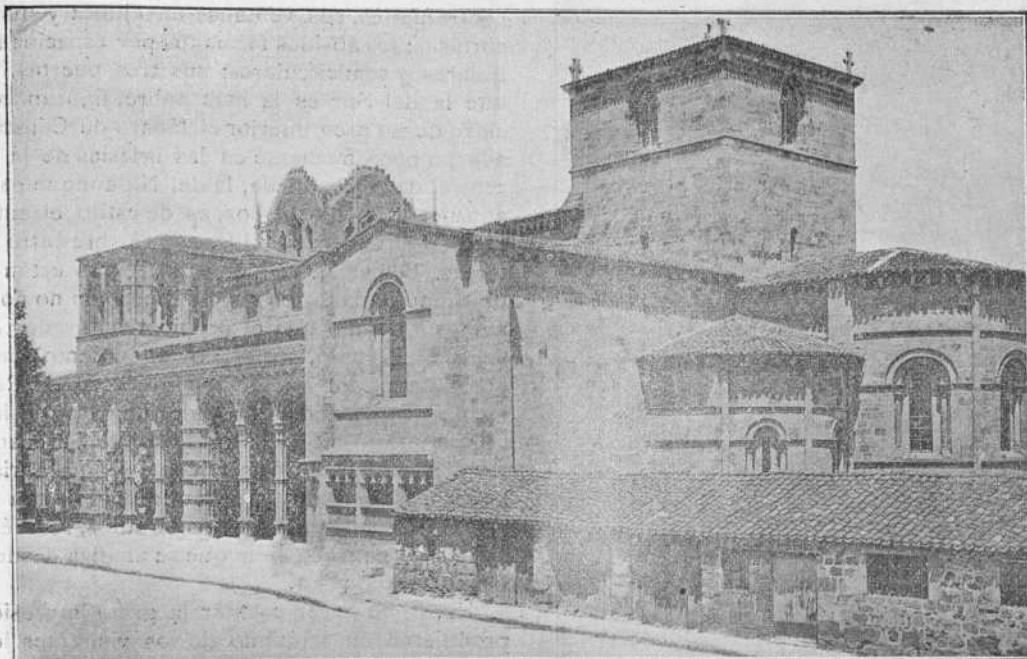
Gordillas, en el que buscó nuestro presidente señor Martí, con verdadera ansiedad, un cuadro, del que da por primera vez noticia el inteligentísimo Sr. Gómez Moreno; y cuando ya desconfiábamos de encontrarlo, junto á la puerta de entrada, colocado en las mejores condiciones para que no se pueda ni aún adivinar, observó el curioso director de nuestro Museo algo que le llamó la atención, mandó llevar velas y encender cerillas, aunque fuera del templo deslumbraba el sol, y poco á poco fué apareciendo en toda su belleza aquel hermoso cuadro que representa á San Juan Bautista, la firma de cuyo autor pudo ser descubierta después que alguien, con más amor artístico que devoto respeto, se encaramó sobre el ara del olvidado altar, resultando ser una de

las obras de Gregorio Martínez, pintor al que ha dado personalidad, sacándole del anónimo, el señor Martí, quien frotándose las manos de satisfacción nos decía al salir que bien valía aquel cuadro la pena de hacer una excursión á la ciudad de los Caballeros.

Fuimos desde allí al convento de Santa Ana, de monjas Bernardas, y en las paredes de su iglesia pudimos contemplar unas colgaduras de rojo terciopelo con ricos bordados en sedas y oro, unos venerandos restos de banderas que, según la tra-

dición, presenciaron en el golfo de Lepanto la no tan decisiva para la suerte de Europa, como importante victoria alcanzada por la armada cristiana que mandaba D. Juan de Austria, á quien con tal motivo se aplicaron por el Pontífice San Pio V las palabras evangélicas «fuit homo missus á Deo cui nomen erat Joannes». En este convento se educó la Reina doña Isabel I y á él vino la Junta de Avila á ofrecer á la cariñosa hermana de Enrique IV la corona de Castilla, después de la muerte del infante D. Alfonso, rehusándola *hasta que la muerte del legítimo rey no acaesciera*; y en su grada se dice que Felipe II se

AVILA



VISTA DE LA BASÍLICA DE SAN VICENTE

visió por primera vez los pantaloncitos de muchacho.

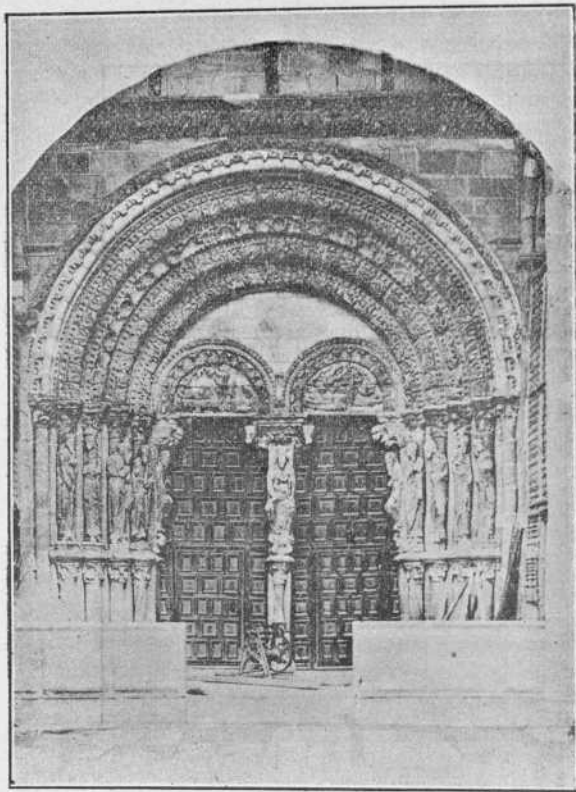
Penetrando por el jardín del Campo de Recreo, estuvimos desde la Carretera nueva contemplando las ruinas del convento de San Francisco, el barrio obrero construido por el rico filántropo, ya fallecido, D. Francisco Benito Nebreda, y en el que puede adquirir el obrero una casita higiénica, cómoda y no desprovista de belleza, pagando una pequeña cantidad mensual, en que va incluido el alquiler y la amortización del capital gastado en la construcción. El reputado sociólogo D. Gregorio Amor tomó buena nota de tan filantrópica institución y no pocos datos

acerca de su eficacia y administración. Vimos también desde aquella elevación la torre mudéjar de San Martín; la iglesia de San Andrés, á cuya puerta, de estilo bizantino, llegamos después, ya de noche, por lo que no pudimos visitarla, presentando grandes analogías con las de San Pedro y San Vicente; la ermita de Nuestra Señora de la Cabeza que, según la autorizada opinión del Sr. Foronda, debió ser mezquita, y el convento de la Encarnación en donde la Santa vivió muchos años, conservándose por tanto de ella multitud de recuerdos, que hacen que sea muy visitado. También hubiera querido visitar todas estas joyas artísticas ó históricas la Sociedad, pero el escaso tiempo de que disponíamos nos lo impidió con gran pesar por nuestra parte.

Iglesia de San Vicente.

Avanzando lentamente por la citada carretera, deteniendo nuestra mirada ya en uno ya en otro de los mencionados edificios, ó bien dejándola vagar por el amplio horizonte que en dirección á la provincia hermana de Valladolid se extiende sin que cordilleras, ni montes aislados le limiten, embocamos á una especie de plazuela desde la que se des-

AVILA



PORTADA PRINCIPAL DE LA BASÍLICA DE SAN VICENTE

cubrió la parte oriental de la muralla con sus robustos torreones, la formidable mole de la catedral y la puerta de San Vicente, cuyas altas torres, puente que las sirve de unión y almenas, dan clara idea de su importancia militar, pues en ella, como dice el Sr. Blázquez, acumularon nuestros antepasados todos los medios de defensa conocidos. Todas estas edificaciones acumuladas en tan corto trecho hacen que este frente de la ciudad tenga fisonomía verdaderamente marcial, que completa la iglesia de San Vicente, primorosa joya del arte románico, á la que dirigimos nuestros pasos, parándonos repetidas veces á contemplar aquellas torres cuadradas,

una sin terminar, rematada la que está completa por una crestería de cruces griegas, semejando hojas de parra, cuya arquitectura es tan original que, conforme á la opinión del Sr. Picatoste, no tiene semejante; aquellas tres naves que con el crucero forman la cruz latina que constituye la planta, aquel pórtico que, aunque de construcción mucho más reciente que la iglesia y que acaso impida que esta luzca toda su gallardía, es tan sencillo y elegante y está sostenido por columnas tan finas y airosas, que bien merece que se le respete; las cornisas cuyos adornos dan motivo á más de 200 ornatos distintos, representando cabezas de personas y de animales reales ó imaginarios; los muros en los que se abren esbeltos ventanales; el crucero con sus contrafuertes, sus ventanas en ajimez y sus bellas cornisas; los ábsides formados por espacios rectangulares y semicirculares; sus tres puertas, de las que la del Sur es la más pobre, figurando en la clave de su arco interior el lábaro de Constantino, adorno poco frecuente en las iglesias de la región central de la Península, la del N., aunque parca en adornos y estos sencillos, es de estilo bizantino en toda su pureza, y la del O. que se abre entre las dos torres, bellísima, si bien sus figuras están algún tanto mutiladas, y en cuya descripción no nos detenemos sabiendo que el propio restaurador de tan suntuoso templo, declarado monumento nacional, el reputado é inteligentísimo arquitecto Sr. Repullés ha de ocuparse de ella y de toda la iglesia, y no quiero que resalte más mi absoluta ignorancia en materias arquitectónicas con la extraordinaria competencia del Maestro, que ha dedicado á tan inestimable joya sus concienzudos estudios, reuniéndolos en una monografía en la que se analiza desde todos los puntos de vista.

He, sí, de hacer constar la grata impresión que produjeron en el ánimo de los visitantes los dos departamentos que á la derecha y á la izquierda de la puerta principal estuvieron destinados á que los catecúmenos y los pecadores públicos fueran regenerados por el bautismo y la penitencia, y pudieran penetrar en la iglesia á participar con los demás fieles de los bienes espirituales y de la recepción de los sacramentos.

En el interior se discutió á la vista del sepulcro de los hermanos mártires Vicente, Sabina y Cristeta, «joya inestimable del arte románico», si debía ó no desaparecer el baldaquino del siglo XV que le cubre; admiróse luego una reja de hierro forjado, de bonito dibujo y primorosa ejecución, y se bajó, por último, á la cripta en que se venera la Virgen de la Soterraña, imagen que se cree contemporánea de los apóstoles, al pie de cuya larga escalera se destaca un cuadro que representa la Virgen, de mucho mérito, aunque de autor desconocido; en esta gruta natural colocó la leyenda la guarida de la serpiente que si

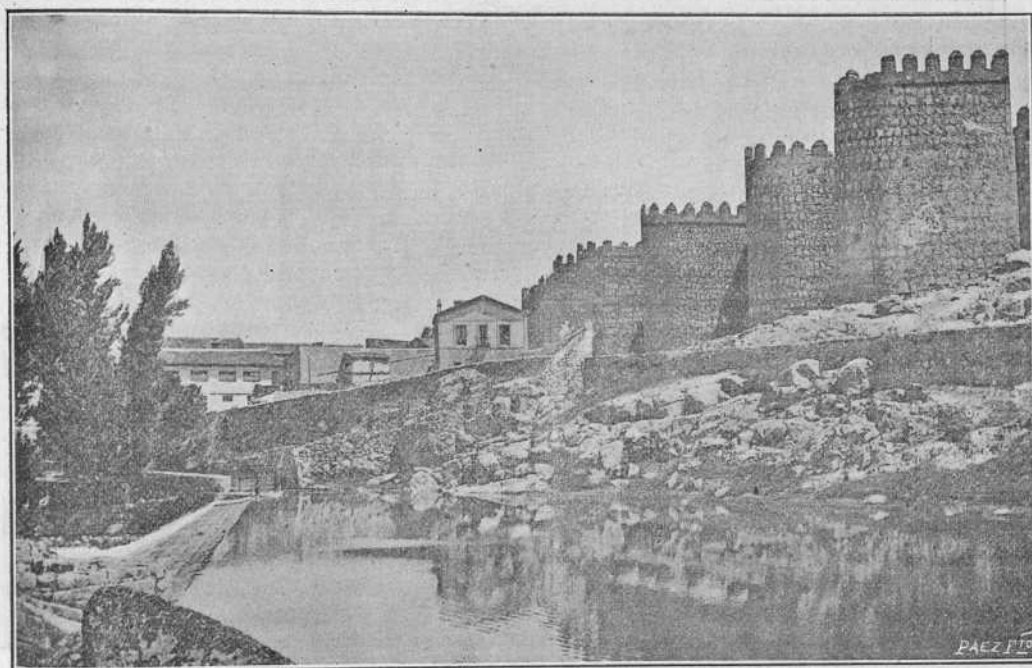
no sofocó al judío por querer profanar los cuerpos de los mártires fué sólo porque prometió edificar el templo á que sirve de base la roca en que dicha gruta se abre. No era posible que monumento de tan majestuosa belleza dejara de tener su leyenda, su mito, como lo tiene el acueducto de Segovia, el puente de Alcántara, la torre de Hércules de la Coruña..... Parece que, no concibiendo el hombre que obras tan portentosas puedan ser ejecutadas por las solas fuerzas humanas tiene que recurrir á lo sobrenatural, lo maravilloso, lo mítico para explicárselo de alguna manera!

A la dudosa luz del crepúsculo echamos un últi-

mo vistazo á aquella porción de la ciudad, cuyo carácter medioeval se acentuó á medida que avanzaban las tinieblas de la noche, y procurando reposo y alimento al cuerpo, ya de uno y otro no poco necesitado, dimos con nuestros maltrechos miembros en el Hotel Inglés, en el que después de sernos asignado cuarto por los reputados aposentadores Sres. Martí, Agapito y Sabadell, cenamos con apetito un tanto acusador de la anterior comida, dirigiéndonos luego al casino Círculo de Recreo, confortable, lujoso y que haría honor á otra ciudad de más pretensiones que Avila.

Los jóvenes, infatigables, aplaudieron en el Cine

AVILA



MURALLAS ANTIGUAS

las habilidades coreográficas de una estrella de no sé qué magnitud, pero telescópica de seguro, y los sensatos, los maduros... en busca de la cama, disfrutando de la licencia absoluta que hasta las ocho de la mañana siguiente nos fué magnánima y generosamente concedida.

La muralla.

Mientras que algunos, á la mañana siguiente, aprovechaban durmiendo hasta los últimos instantes de la espirante licencia, un grupo recorría el recinto exterior de la plaza dando vuelta á la muralla, monumento reconocido por el viajero inglés

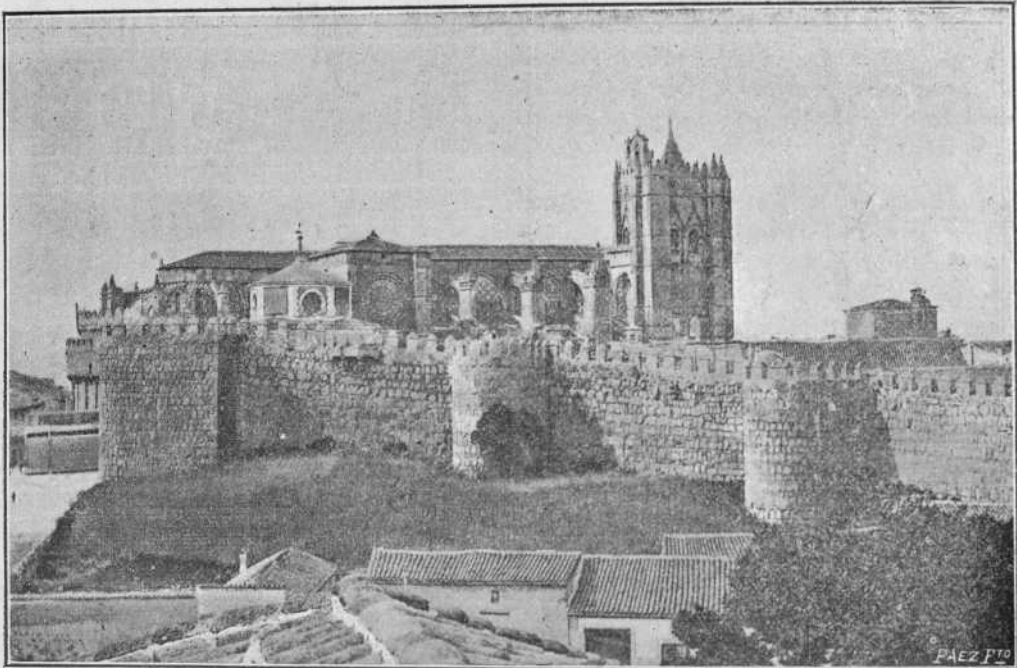
lord Ricardo como el más perfecto y mejor acabado, entre los de su género, de la Edad Media, y que en época reciente ha sido declarado monumento nacional. Forma un trapecio cuyas bases son los frentes oriental y occidental, esta última dominando el curso del Adaja, y la primera formidable: en ella están el Alcázar, en el que, según opinión del señor Foronda, que á su vez se apoya en la de un historiador contemporáneo de Isabel la Católica, nació esta ilustre reina, y en el que actualmente están las oficinas de la Zona de Reclutamiento; da acceso á la fortaleza la puerta del Alcázar, recientemente restaurada, defendida por dos torreones de unos 20 metros de elevación, unidos por un arco almenado,

pasado el cual se encuentra el rastrillo, defendido por unos boquetes desde los cuales los defensores de la plaza arrojaban sobre el enemigo asaltante materias inflamadas, piedras y toda clase de proyectiles, nuevo rastrillo igualmente defendido y una especie de plazoleta dispuesta de suerte que al penetrar en ella el enemigo sufriera una lluvia mortífera de flechas que le obligara á retroceder. Si á esto se añade que al lado de cada puerta y adosada al muro existía la casa de un noble, encargado de la defensa de aquella, y que esas casas eran otros tantos casi inexpugnables castillos, se comprenderá

cuán homérica empresa debía ser el apoderarse por asalto de esta muralla, que algunos autores creen superior á la tan renombrada de Carcasona. La puerta del Alcázar, que era la principal, aunque la excede en importancia militar la de San Vicente, era defendida por el rey, y en ella entregó al emperador Carlos I las llaves de la ciudadela Ponce de León. A poca distancia del Alcázar álzase imponente la Catedral, verdadera y formidable fortaleza, desde cuyo cimborrio enseñaron á su enfurecido padrastro el rey de Aragón (para que supiera que existía y que los nobles caballeros abulenses dis-

AVILA

AVILA



VISTA GENERAL DE LA CATEDRAL Y MURALLAS

puestos estaban á defenderle) al heredero del trono de Castilla Alfonso VII, originando la leyenda, con grandes visos de verdad histórica, de que el colérico y despechado marido de la reina D.^a Urraca friyera en aceite á 60 caballeros, que la ciudad le diera en rehencs para garantizarle que al acercarse á las defendidas murallas no sería objeto de atentado alguno; en ella se yergue, afeándola, el torreón de Velada que sirvió de morada á Carlos I. La puerta llamada del Peso de la Harina da acceso á la Catedral y al palacio episcopal viejo, en el que se custodió al perseguido niño Alfonso VII y en el que el célebre Tostado escribió no pocos de sus admirables libros. Abrese en el mismo lienzo la puerta de San Vicente, modelo en su género, con los mismos

medios de defensa que la del Alcázar, cuya defensa estaba á cargo de los Villaviciosas, observándose en las piedras que forman sus torreones pequeños huecos, algunos con signos grabados en la piedra, y que fueron urnas cinerarias. En el lienzo Norte se abren: la puerta del Mariscal, llamada así porque corriendo su defensa á cargo de los Bracamontes, uno de los miembros de tan ilustre familia, Alvaro Dávila, fué Mariscal de Castilla en tiempo del rey poeta Juan II, y la del Carmen que perteneció al antiguo convento de este nombre y de cuya defensa estaba encargada la familia del conde de Polentinos. Desde el cubo que termina este frente y da principio al del Sur, majestuoso, irguiéndose sobre roca granítica, y algo más elevado que los demás,

se cuenta que fué arrojado San Segundo en aquella persecución que Daciano ordenara y que fué una de las diez que sufrió el naciente Cristianismo; la obra del cubo, como la del resto de la muralla, data de fines del siglo XI, llevada á cabo por los arquitectos Casandro y Florín de Pituenga, que indudablemente utilizaron los materiales de la primitiva y aun de otras obras romanas, pues no es raro encontrar piedras con inscripciones funerarias latinas y hasta fenicias, si hemos de dar crédito al historiador Arias y Usano. Pudo acaso tener lugar el martirio del primer obispo de la *Obila* de Tolomeo, *Abela* de las actas de los Concilios de Toledo y *Abila* de San Jerónimo, en el mismo sitio, aunque no desde el mismo torreón en que el actual se alza imponente; lo cierto es que casi á sus piés existe una humilde ermita, que la tradición supone fué la iglesia primitiva de la entonces perseguida religión, y que se edificó en el mismo sitio á donde quedó, destrozado y exánime, el cuerpo del santo, cuerpo que, descubiertó milagrosamente en 1510, fué encerrado en una rica urna y depositado en la catedral, poniendo sobre el sepulcro una magnífica estatua de alabastro, que representa á San Segundo revestido de pontifical, orando, y que se atribuye á Alonso Berruguete. A pesar de todo esto, los críticos continúan discutiendo si este santo fué obispo de la Avila de los vetones ó de la de los bastetanos, situada en la parte meridional de la Península. Libreme Dios de terciar en el debate, no sólo porque un humilde cronista no puede permitirse labor tan afiligorada y difícil, sino porque el cariño hacia el país en que una mujer querida velaba mi cuna y me enseñaba la lengua sonora de Castilla por medio de los nombres ilustres, gloria de la región querida, haría que me horrorizara, como ante una blasfemia, ante todo lo que pudiera ir en contra de las convicciones y creencias de aquella mujer bendita.

En el frente occidental de la muralla ábrese la puerta del Puente, quizá la menos importante, desde el punto de vista militar y arquitectónico, llamada así porque da acceso desde la ciudad á los puentes viejo y nuevo que sobre el Adaja se tienden.

En el lienzo meridional, que es el peor conservado, se abre un portillo llamado de la Malaventura porque por él salieron los caballeros que tuvieron fin tan horriblemente trágico en el campamento de

las Hervencias; la puerta de la Santa ó de Montenegro, denominaciones debidas á que cerca de ella está la casa donde nació Santa Teresa, y á que había de custodiarla aquella noble familia; y la puerta del Rastro, por la que se sale al paseo de este nombre, adosado á la cual está el palacio de Pedro Dá-

AVILA



ESTATUA ORANTE DICHA DE SAN SEGUNDO

vila, hoy de Medinaceli, encargado de su defensa. Sobre la puerta hay un balcón desde el que se disfruta de un panorama por demás pintoresco y con el que está ligada una bella tradición de aquellos tiempos en que los amantes no usaban *compás* y *tiralineas*, según la frase feliz de nuestro cultísimo socio Sr. Pérez-Rubín, sino que amaban con ímpetu casi bélico y eran correspondidos con fidelidad inquebrantable. La nobilísima D.^a Riomar había, entre todos sus pretendientes, preferido á un caballero

de arrogante aspecto, pero cuyo linaje no correspondía á sus personales prendas y ardiente corazón; noticioso el padre de la dama de aquellas relaciones que, según su sentir, constituían algo así como negra mancha en su intrincado blasón, reprendió á su hija, la amenazó, empleó con ella todos los me-

el corazón, pero arrogante, fiero con la fiera del león al que separan de su augusta compañera y enamorado como nunca, se dirige al causante de su infortunio, diciéndole: «Aunque os pese la he de ver». Desde entonces yérguese altivo en las sierras de Sotalvo un roqueño y solitario castillo; si preguntais á uno de los pastores que llevan sus ovejas á pastar, quizá al patio de armas en que aquel doliente caballero justaba con sus amigos, os dirá que es el castillo de *Aunque os pese*, y que desde la torre del homenaje se descubre á simple vista la blanca pared en que se abre el balcón de la puerta del Rastro...

Siguiendo ese lienzo, sobre cuyas almenas se destaca la cúpula de la capilla del palacio episcopal, se llega de nuevo á los robustos torreones que constituían el regio Alcázar, cerrando el circuito, cuya posesión debió ser la suprema ambición de tantos poderosos caudillos.

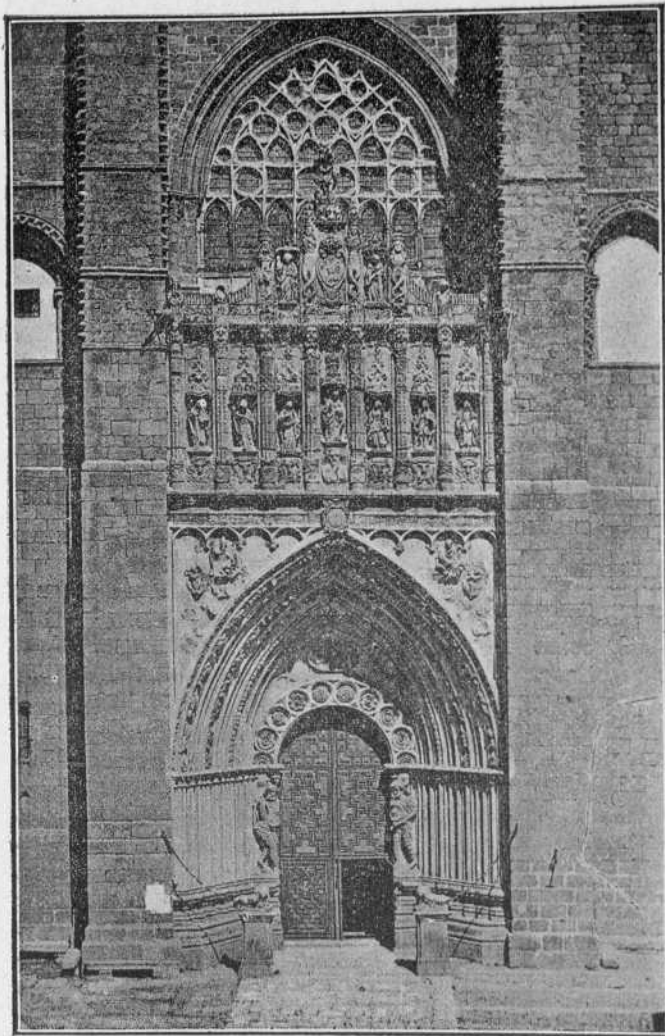
Después que el citado grupo de madrugadores dió fin á su matinal paseo, y juntos saboreamos con el desayuno la rica leche de esta tierra, prima hermana de la de las Navas del Marqués, salimos á visitar

La Catedral.

A pesar de que salimos del hotel no muy tarde (eran las ocho) ya fuimos acompañados por nuestros amables cicerones Sres. la Puente, Merino y Díaz de la Guardia, de quienes la Sociedad conserva gratísimos recuerdos.

Después de admirar aquellas dos elevadas torres de las cuales una sola está terminada, cuyas agujas parece que disputan al aire sus dominios, y que flanquean la puerta occidental, que aunque principal es bastante inferior en mérito á la del Norte, por aquella penetramos en el templo, cuya dirección fué encomendada por el conde D. Ramón, yerno de Alfonso VI, al arquitecto Alvar García de Estella, Hermanándose en su construcción la piedra que se dirige al cielo, con la necesidad de una inexpugnable fortaleza que defienda los fieles de los ataques del enemigo de la religión y de la patria. Pertenece al primer período del arte gótico, y en ella, como dice Picatoste, se comprende la definición que de dicho arte dió un autor diciendo que es: congestión de sublimes oscuridades y conjunto de espacios melancólicos. La nave central, de bastante altura, está sostenida por nervudos pi-

AVILA



PORTADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL

dios que pudo sugerirle su amor propio, aunque de ningún modo los que le hubiera podido dictar su amor de padre, y convencido de que ni por ese camino, ni por el de las amenazas al galán conseguiría su intento, logró del gobernador de la ciudad una orden por la que se mandaba al apuesto y enamorado mancebo dejarla incontinenti y no aproximarse al recinto murado en tres leguas. Herido en

lares, y rematada por bóvedas cruzadas de dorados arcos y alumbrada apenas por ventanas bizantinas, algunas tapiadas y cubiertas otras por ricos vidrios de colores, trabajados por los artistas burgaleses Alberto y Nicolás de Holanda.

Lo primero que llama la atención al penetrar en la catedral por la puerta del O. es un gran crucifijo de alabastro que se sostiene sobre un arco escarzano y muy rebajado, tendido sobre dos pilares; casi inmediatamente debajo de dicho arco se encuentra el trascoro en el que se representan escenas de la vida de Jesús durante su infancia, de no mucho mérito. Cerca de la puerta, y en una especie de hornacina abierta en la pared, está la pila bautismal de mármol, bien trabajada, y separada del cuerpo de la iglesia por una verja de hierro, cincelado y repujado, siendo también muy notable la que desde el altar mayor conduce al coro, que pudo ser construída por el mismo artífice que trazó los dos magníficos púlpitos, también de hierro repujado, de estilo ojival el uno y del gusto del Renacimiento el otro.

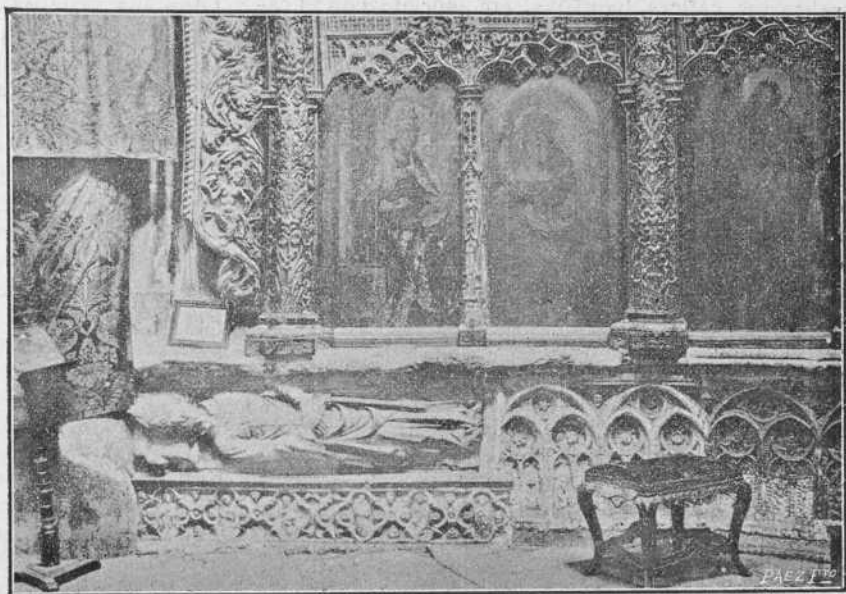
En el coro llaman poderosamente la atención los libros corales, con primos dibujos hechos á pluma y miniados, y la sillería tallada en 1544, según se lee en una de las sillas, por Juan Rodrigo y Cornelius de Holanda, quienes tomaron por modelo la que, procedente del convento de San Benito, se conserva en el Museo de Valladolid.

A los lados del altar mayor hay otros dos de finísimo alabastro, muy bien ejecutados, si bien con algún exceso de adornos, y que representan á San Segundo y á Santa Catalina. Aunque el autor es desconocido acaso sería el mismo que labró los que se admiran en la sacristía, también de la misma materia, y de uno de los cuales dice Gayangós «que se estima más que si fuera de plata» y que tiene tanta perfección «que pueden venir á competencia los más excelentes maestros á estudiar en esta realizada obra».

Pedro Berruguete, Santos Cruz y Juan de Borgogna, pintaron allá por los siglos XV y XVI las tablas del retablo del altar mayor, tablas que no se cansa uno de contemplar, pues en ellas pusieron dichos insignes artistas su portentoso genio al servicio de la Fe y del Arte. También cautiva el sagrario, ejecu-

tado en mármol, por la delicada labor y afligranados adornos que en él existen. Después de contemplar desde allí aquella elevada bóveda, construída de ese pórvido rojo blanco que tanto abunda en las construcciones abulenses, y que parece sostenerse por un verdadero milagro sobre las delgadas columnas, pasamos á la capilla de la Velada, mucho más moderna que el resto de la iglesia, y en la que se conservan innumerables reliquias de muchos santos y entre otros de San Antolín y San Vidal, conservadas en un arca de plata repujada, si no de gran mérito por lo menos de incalculable valor; en ella pudimos apenas admirar, pues tan mal colocada

AVILA



DETALLE DEL RETABLO MAYOR DE LA CATEDRAL

está que ni aun con luz artificial puede verse á placer, una pequeña estatua de San Lázaro, con una expresión y vida que delata un artista de gran valía, si bien se desconozca su nombre. ¡Prerrogativa envidiable del genio! Mientras que se borraron las noticias históricas y hasta el nombre del autor, quedó como concreción eterna, perdurable, la obra en que puso su alma, su corazón, su inspiración soberana. Muere y desaparece el hombre, barrido por el huracán del tiempo despiadado; pero el Arte sublime, divino, flota sobre lo que de caduco tiene el hombre, y la Civilización, la Ciencia, el Arte, avanzan por el inacabable camino del progreso humano, producto de millones de obreros innominados, miriadas de polvo impalpable que condensándose forman los mundos!

Pasamos luego á la sacristía, de la que salimos con pena, lamentando que la falta de tiempo no nos permitiera que nuestros ojos se hartaran en belleza tanta: pinturas del siglo XV; ornamentos bordados de tal suerte que, contando algunos siglos de existencia, parece que concluyen de salir de las manos de la bordadora, tal es la pureza de aquellos frescos y brillantes colores; libros con pastas de plata repujada, y que son á la par maravillas en que los calígrafos, miniaturistas y dibujantes hubieron de disputarse la mayor perfección, como sucede con el llamado Libro de los juramentos porque sobre él juran los prelados al posesionarse de la sede; alhajas en que no se sabe qué ponderar más si la riqueza de los metales y preciosas piedras ó el mérito de la ejecución primorosa, como entre otros muchos relicarios, cálices, bandejas, etc., sucede con el cáliz y patena que se dice fueron encontrados en el sepulcro de San Segundo pero que el Santo no pudo usar, pues su labra data del siglo XIII, y cuya labor afligranada, de estilo gótico, y cuyos esmaltes se atribuyen al platero italiano Andrea Petrucci, y con la cruz parroquial, también delicadísima. Sabiendo que aquella familia de plateros que llenó de obras inmortales las iglesias de Castilla, la de los Arfe, dejó en ésta una custodia, extrañará que me limite á decir que la contemplamos con embeleso: alguien que tiene autoridad indiscutible, la estudiará en este mismo número, y no quiero ni debo entrar en propiedad ajena, siquiera tuviera confianza en que la caballerosidad del Sr. Agapito y Revilla no se había de quejar de mi profana intrusión.

Por razones análogas renunció á hablar del sepulcro y estatua del Obispo D. Alonso Tostado y Rivera, llamado por otros de Madrigal, en recuerdo de su pueblo natal, y más conocido por el Tostado, cuya ciencia portentosa se exteriorizó en 54 libros que escribió sobre diversas materias, lo cual ha dado margen al conocido dicho popular *escribir más que el Tostado*. Ocupa dicho sepulcro la parte central del trasaltar; está cubierto su frente con una lápida de cobre con inscripción funeraria, lápida que oculta con una capa de yeso ha sido descubierta no ha muchos años por un canónigo de esta catedral. Sobre el sepulcro está, revestido de hábitos pontificales y en actitud de escribir, que debió ser la suya habitual, el sapientísimo prelado, siendo de tan primorosa ejecución y de concepción tan artística que, con encerrar tantas y tan hermosas joyas esta iglesia, que más bien museo inagotable pudiera titularse, es acaso dicha estatua lo mejor que, desde el punto de vista artístico, en él se encierra, bastando por sí sola para que entre los inmortales se contara á su autor Vasco de la Zarza, que debió labrarla á principios del siglo XVI.

Pasamos después á visitar los claustros, en los que toda la emoción estética anteriormente experi-

mentada se convirtió en pena, indignación, al ver aquellos hermosos ventanales góticos tapiados imposibilitando que el claustro se destaque en su belleza, y si bien se adujo como razón la crudeza del clima, razón que hasta cierto punto pudiera ser una disculpa, no puede haberla para embadurnar las paredes con una capa de yeso de colores chillones que, ocultando acaso inscripciones de valor histórico, no permite contemplar el color de aquella piedra arenisca que encuadraría muy bien y daría tono á la severa majestad que preside á la obra. En una de las naves, se abre la espaciosa capilla del Cardenal, en la que parece flotar aún aquel espíritu de libertad y amor regional que amargó los primeros años del reinado del emperador Carlos de Austria, con la guerra de las Comunidades, pues en esta capilla celebró sus sesiones la Junta de los comuneros; de aquellos hidalgos que después en Villalar se disputaban el triste privilegio de ser por el verdugo primeramente sacrificados por no tener el sentimiento de ver morir al mejor caballero de Castilla. Dedicando un recuerdo á los hombres que, buena ó mala, sabían sacrificarlo todo ó una idea, irguiéndose altivos ante el dominador del mundo, salimos de allí, no sin buscar antes un cuadro de Rubens que no encontramos, á pesar de asegurarnos que en la catedral había existido. ¡Con qué pena la dejamos...! Pero era necesario, pues nos quedaban pocas horas para la del regreso á nuestros hogares.

En la iglesia del convento de dominicas de Mosén Rubí de Bracamonte, nombre que debe á su fundador, vimos el sepulcro de éste bastante bien trabajado en mármol; y, sostenido el coro por una bóveda parabólica, se nos hizo observar un sitio en el pavimento, debajo de aquella, golpeando en el cual con un bastón ó con el pie, repite el eco hasta 22 veces, según contó alguno, dando pruebas de exquisito oído, no menos paciencia y tal vez algo viveza de imaginación. En la fachada se combinan, con algún acierto, el arte gótico y el del Renacimiento.

Después de visitar la ermita de San Segundo, de la que ya antes se habló al tratar de las murallas, y de entrar de nuevo en la población por la puerta del Puente, subiendo una empinada cuesta que hizo sudar y mirar atrás no pocas veces á los naturales de esta tierra en la que se considera casi como hazaña subir la calle de la Libertad, llegamos á la

Academia de Administración Militar.

Antiguo palacio de los condes de Polentinos, con una portada plateresca de piedra berroqueña, sobre la que ondeaba el pabellón nacional por ser el cum-

pleaños de S. M., se alza en estrecha calle. Por una puerta de medio punto se penetra en un patio rectangular, con dos series de arcos con columnas que reciben el arquitrave de ornamentación prolija si bien no muy delicada; discurriendo por él solitarios, ojerosos, cariacontencidos, se veían algunos jóvenes..... ¡Se estaban celebrando los exámenes de ingreso!

Por una amplia y elegantemente sencilla escalera se asciende al piso principal, en el que están casi todas las habitaciones que habían de ser objeto de nuestra visita. Llamó nuestra atención un cuadro de grandes dimensiones, colocado en uno de los muros que forman la caja de aquella y que representa uno de los innumerables hechos gloriosos realizados por el Cuerpo de Administración Militar, cuya narración nos hacía con vivo colorido, no exento de legítimo orgullo, el ilustrado oficial 1.º D. Alfredo Laserna, que desde el primer momento se puso á nuestra disposición y nos hizo los honores de la casa, en unión del señor Merino, ambos profesores en aquel centro docente, con exquisita amabilidad: en la segunda guerra civil carlista el oficial D. Vicente Reina dió su vida por defender un convoy, que había sido sorprendido por la brigada de Cabrineti, durante la acción de Alps. El pintor, también militar, ha trasladado al lienzo el supremo instante en que el custodio de aquel dinero, nervio de la guerra, en ademán indescriptible, crispadas las manos, que extiende sobre su tesoro, á la vez que empuña el sable, sucumbe ante el número superior de enemigos, siendo las cruentas heridas francas puertas por las que el héroe en el templo de la Inmortalidad entra triunfante.

El bien surtido gabinete de física, las clases coquetonas por lo limpias y bien iluminadas, el regio despacho del director, la habitación en que, cual trofeo de dioses, cuidadosamente metido en urna de cristal, se custodia la bandera de la Academia, y el almacén de utensilios, en el que admiramos tiendas, hornos, carros que son verdaderas casas, máquinas para analizar y preparar el trigo, convirtiéndolo en pan y galleta, otras para determinar la resistencia de los paños, granos de gran tamaño en los que se pueden estudiar todos sus elementos constitutivos, semillas variadísimas, aparatos para analizar el valor nutritivo de cereales, legumbres, frutas, carnes... Sólo contemplando este verdadero arsenal de cosas curiosas y útiles se comprende que el abastecimiento de los ejércitos modernos constituya una ciencia compleja y transcendental, de cuya práctica aplicación pueda depender tal vez la suerte de la guerra, influyendo poderosamente en la historia de las naciones.

D. Ramón de Bringas, jefe de estudios de la Academia, nos saludó con aquella galantería proverbial en nuestros militares, y cumplido este deber de

hospitalidad, se dedicó al amigo abrazando al señor Reoyo, que lo es suyo de tiempos atrás.

Cariñosamente empujados por los representantes en la excursión de la Junta directiva de la Sociedad, nos despedimos de nuestro amable acompañante Sr. Laserna, de cuyas bondades é ilustración salimos gratamente impresionados.

A la salida vimos, sin parar, la puerta de lo que fué hospital de Santa Escolástica, conjunto de dos estilos, gótico y del Renacimiento, lamentando lo mutilada que está, pues por su belleza era digna de más respeto; desde allí y pasando antes por la iglesia románica de Santo Domingo, en la que no entramos, llegamos á lo que no podíamos dejar de ver, siquiera no fuera con el detenimiento debido.

La iglesia de la Santa.

Edificada en la casa solariega de la noble familia de los Cepedas, en la que nació la patrona de Avila, si bien nada ó muy poco tiene en ella que admirar el viajero, el creyente, sobre todo si es abulense, en ningún otro templo siente emoción tan profunda, pues como dice el señor Blázquez, llama la atención que «siendo refractario el estilo greco-romano del Renacimiento al ascetismo religioso, sea el templo de Santa Teresa el más genuinamente espiritual de Avila». Es que aquella atmósfera está saturada de la santidad, de los recuerdos, de los arrobamientos y celestiales visiones de la Santa; por eso el indiferente que en él penetra, al ver el fervor de los demás, al sentir el hálito impalpable de algo sobrenatural que se presiente, inclinase subyugado, y si no cree, por lo menos se prosterna.

En la misma alcoba en que vió la luz primera existe una capilla, cuyo retablo, como todos los de la iglesia es barroco, pero en el que se destaca una hermosa imagen de la Santa ejecutada por Gregorio Fernández, así como otra de Jesús atado á la columna, arrodillada ante el cual debiera estar aquella, según el pensamiento del escultor, cosa que impidió la estrechez de la capilla.

Detrás de ésta, hay otra, llamada de las reliquias porque en ella se conservan muchas de las que la ciudad posee de su paisana ilustre, conservándose también el pequeño jardín en que, siendo niña, se entregaba al juego, demostrando en ello la inclinación que siempre sintió hacia la vida monástica. A pesar de la invitación que la Comunidad de frailes carmelitas, que en la casa tiene su residencia, nos hizo á visitar el interior del convento, hubimos de contentarnos con agradecerla, contemplando al salir el espacioso edificio en que este rendido servidor de ustedes abrió su inteligencia á la verdad que sabios profesores le enseñaron, con mejor deseo que resultado, por las escasas disposiciones del discípulo

lo, en aquella famosa Escuela Normal y aquel Instituto, en que hoy se levanta el Museo y Biblioteca Teresianos, que no han podido todavía ser abiertos al público.

Camino de la fonda, llamó nuestra atención el torreón de los Guzmanes ó de Oñate, verdadero castillo, de aspecto majestuoso, con sus almenas y sus garitas salientes, que coronan la fortaleza, su matacán, saeteras y bonita portada.

Llegados ya al hotel, un tanto molidos, doloridos los ojos, desállecido el estómago, aunque satisfecho y quizá con ansias de soñar el espíritu, hubimos de preparar los equipajes, consistentes para la mayoría en colecciones de postales y cajas de yemas de la Santa (que hasta en los primores de la repostería quieren estos abulenses colocar el nombre de la en que cifran sus amores) mientras nos servían la comida, que nos hicieron el honor de presidir los señores La Puente y Merino (ocupaciones del momento nos privaron del placer de que nos acompañara Díaz de la Guardia) y en la que entre otros platos clásicos del país pudimos saborear las renombradas truchas del Barco, y al salir, se oyeron no pocos plácemes al fondista que, dentro de los medios de que en Avila se dispone, había sabido tratarnos *décorosamente*. Tal vez al felicitarle hubimos de recordar otra fonda.

De prisa y á pie, por haber salido ya los coches, nos dirigimos á la estación en donde fuimos despedidos por nuestros amabilísimos acompañantes, para los que conservará la *Sociedad* imperecedero recuerdo y gratitud inmensa, y muy especialmente para el Sr. la Puente, á quien llegamos á considerar como un excursionista más, muy inteligente é infatigable, y á quien saludaban al pasar hasta los municipales.

Acomodados de nuevo en un coche *que echaba chispas*, gracias á la calefacción, aun no imitada por la poderosa Compañía, de un sol de Mayo á las doce de la mañana, pitó el silbato... y multitud de manos y de pañuelos mandaron á los buenos amigos que en el andén quedaban con el iadios! sentido, el testimonio de consideración y de reconocimiento que en tan corta visita habían sabido conquistar...

Aunque con algo de rencorcillo, penetramos en la fonda de Medina á tomar una cerveza, no por otra cosa que porque Sabadell llegara sin fondo alguno social á Valladolid, en cuyo andén nos despedimos, no todos, hasta otra, mientras una *periodista*, quizá con instinto de la realidad, no se cansaba de gritar *La Corres...*

ANACLETO MORENO.

LA CATEDRAL DE AVILA ⁽¹⁾

Es este monumento un conglomerado de dos partes, distintas de época y de escuela: la cabecera, hasta la nave del crucero, y ésta y el brazo mayor. Pertenece aquélla á la *transición* románico-ogival (con caracteres singulares) y lo demás, al *apogeo* de estilo. De ambas partes hay que tratar por separado.

(1) A la amabilidad, nunca bastante alabada, de nuestro distinguido consocio el erudito arquitecto, sabio arqueólogo y catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid, D. Vicente Lampérez y Romea, debemos la inserción de este capítulo inédito del tomo II de la monumental, por más de un concepto, *Historia de la Arquitectura Cristiana Española en la Edad Media*, ya impreso y próximo á publicarse. Nuestros lectores, ya acostumbrados á las notables disquisiciones del maestro, saborearán con verdadero deleite las primicias del capítulo que nos adelanta el Sr. Lampérez, atención que no olvidará la *Sociedad* y estimaremos siempre los amigos. (Nota de la D.)

La cabecera ó ábside de la Catedral avulense, es el ejemplar más hermoso de España, y acaso de Europa, de la *iglesia-castillo*; de este tipo que tan bién personifica, si vale la palabra, aquella época de nuestra historia en la que los Obispos lo mismo echaban bendiciones sentados en las *cátedras* de sus iglesias, que repartían mandobles desde las sillas de sus corceles. Cuantos han estudiado este monumento, han reconocido su importancia bajo el doble aspecto religioso-militar, tan íntimamente unidos, que al analizar el uno, viénesse el otro pegado á las mismas consideraciones.

El ábside avulense constituye un enorme cubo saliente en la muralla de la ciudad, oblicuamente encajado en la parte oriental.

Que es implantación postiza, y algo posterior en fecha á aquélla, lo prueba la diferencia de la *fábrica*,

de mampostería á espejo (1) en la muralla, y de sillera en la Catedral, y el sistema de barbacana corrida, puramente *normando* y diferente al *romano* que impera en lo demás de la muralla (2). ¿Pero por qué rompióse la muralla para implantar así la Catedral, y no se puso en el interior de la ciudad? Por la estrechez de ésta, dicen unos: por respetar el sitio consagrado de antiguo por un santuario ó las reliquias de algún santo venerado, suponen otros; por ayudar con un punto fortísimo el espacio entre el Alcázar y la Puerta de San Vicente, el más flaco del recinto, apuntan algunos más.

Dentro de este cubo semi-circular, está la cabecera del templo. Se compone de una larga capilla mayor, rodeada de un doble deambulatorio, con capillas absidales que, á modo de exedras, vacian el grueso de la muralla. Los apoyos del recinto interior son alternativamente monocilíndricos y compuestos: los intermedios de la girola, columnas, y los del recinto exterior, compuestos también, con núcleo prismático y columnillas en los frentes y en los codillos. Los arcos de estructura son apuntados, de perfil rectangular ó de gruesos baquetones (los diagonales); los de las ventanas, de medio punto.

El embovedamiento de esta girola es con crucerías trapezoidales de nervios quebrados, los cuales por la gran diferencia de luces de los arcos formeros, y la pequeña quebradura de los diagonales, resultan en pendiente. Las capillas están cubiertas, unas con casquetes esféricos sobre dos nervios que concurren á la clave del arco de cabeza, y otras con crucería de disposición análoga.

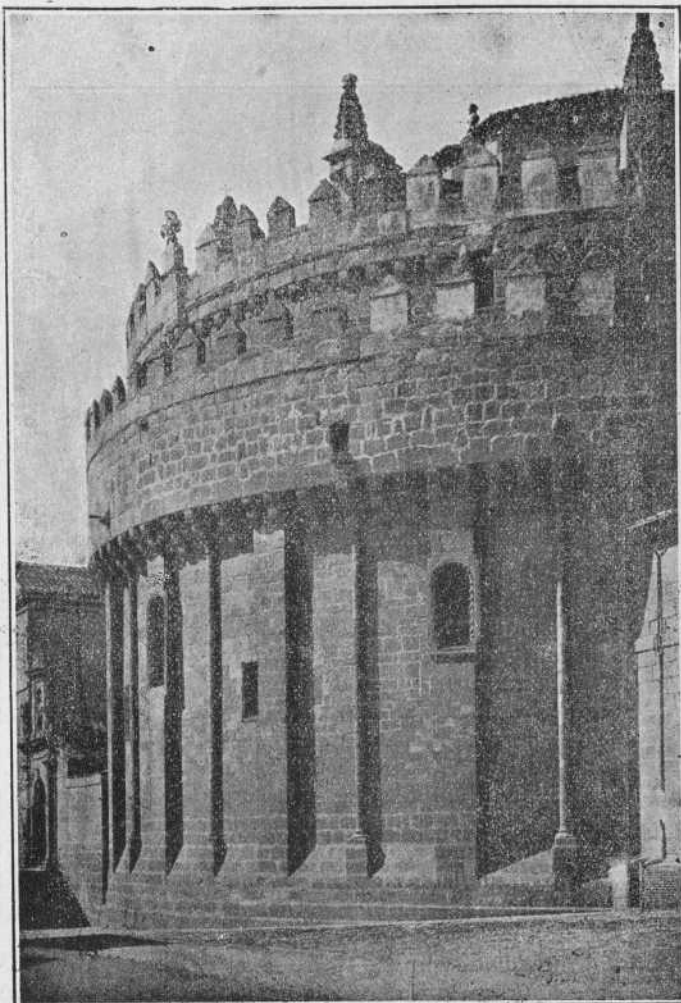
La capilla mayor tiene hoy dos órdenes de ventanas: el primero es de huecos muy altos, ajimezados, con dos columnillas en el sentido del espesor, y dos arquillos de herradura, bajo otro grande de igual forma: el segundo, es de simples huecos de medio punto. Esta capilla mayor se cubre con bóvedas de crucería sexpartita con una disposición particularísima, puesto que los tramos no cargan sobre seis apoyos, como siempre en esta clase de bóvedas, sino sobre cuatro de aquellos, y sobre otros dos falsos apoyos que suben desde las claves de los arcos formeros de las naves bajas.

Exteriormente, el rudo cubo aparece cortado verticalmente por fajas verticales á modo de contrafuertes (3), y coronado por una barbacana detrás de

la cual se alza el segundo recinto con la suya; detrás de ésta, unos contrafuertes resisten el segundo y delgado arbotante; y en lo alto, sobre la capilla mayor, se alza el tercer recinto fortificado, con almenas y merlones. ¡Estupendo conjunto!

Con intención he hecho hasta aquí meras des-

AVILA



ABSIDE DE LA CATEDRAL

cripciones, dejando para después el análisis. Es caso curioso el de la girola doble en iglesia de tres naves (1) y único en España en iglesias de *transi-*

lucos á las Capillas absidales. Mr. C. Enlart en la «Histoire de l'Art» de André Michel, comete el error de creer que estas aberturas son originarias, sacando con ello semejanzas, que no existen, con monumentos franceses.

(1) La Catedral de Chartres tiene algo análogo.

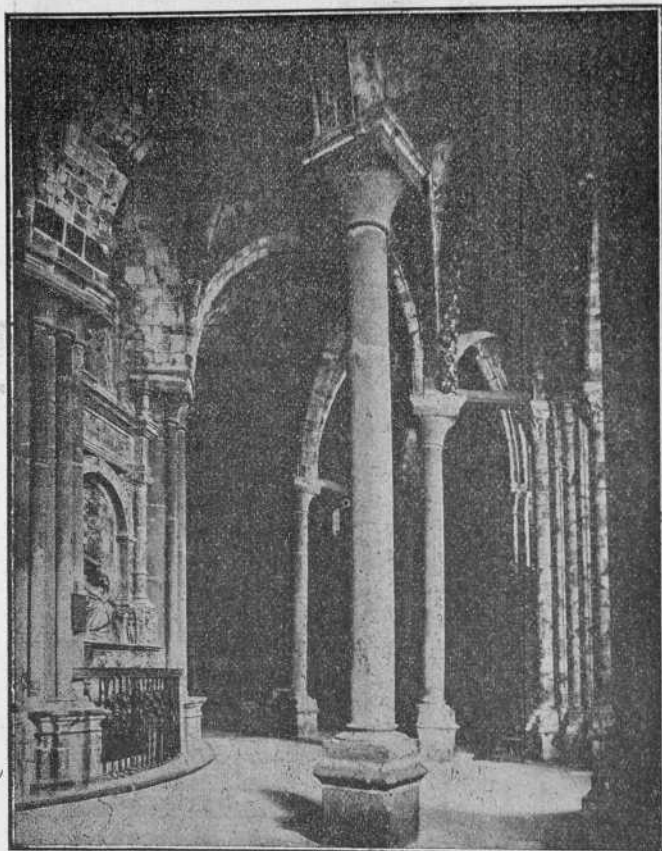
(1) Piedras puestas de frente.

(2) Mérida.—Ob. cit. en la Bibliografía.

(3) En el siglo XV se abrieron en ellos unas ventanas para dar

ción. Tratando de explicar esta singularidad se ha dicho (1) que se debía á la necesidad de ofrecer apoyo con las columnas intermedias, á los contrafuertes que más arriba resisten los arbotantes; pero la hipótesis se destruye, porque aquellos se apoyan en el muro del cubo (aparte de que no entraron en la estructura primitiva). Más fácil es creer que esa división de la girola se debe á la conveniencia de dividir en dos tramos el ancho espacio del deambu-

AVILA



INTERIOR DE LA GIROLA DE LA CATEDRAL

latorio, pedido por la necesidad de tener arriba un amplísimo recinto para las tropas; con cuya anchura, resultaban muy prolongados los espacios trapezoidales de la girola, y se aumentaban las dificultades de cubrir con una sola bóveda de crucería.

Las capillas absidales en forma de exedras embutidas en el grueso muro pueden responder á la necesidad de aligerar la masa de éste, ofreciendo fallos á los minadores, cosa frecuente en la polior-

cética del siglo XII y del XIII (1). Pero si consideramos la cuestión bajo el aspecto de arquitectura religiosa, ¿no podrá verse en estas capillas el desarrollo del sistema de exedras embebidas cuyos rudimentos hemos visto en San Pedro de Besalú? De colocar capillas absidales (y esto era de rigor ya en toda girola) en la Catedral de Avila, se imponía este sistema, puesto que no eran admisibles los salientes exteriores, ni aun en el estado rudimentario de los de Gradefes, por ser el ábside avulseno un cubo de la muralla.

De estas exedras tiene la Catedral de Avila otras dos en los brazos del crucero, en la posición tradicional de todas las iglesias románicas.

En los apoyos, haré notar las combinaciones del recinto de la capilla mayor: columnas simples unas y otras con columnillas adosadas, tan indoctamente concebidas que en el capitel se convierten en un solo elemento. Y en cuanto al barbarismo de los enjarjes, todo lo que se diga es poco, como se ha demostrado en otro lugar.

El equilibrio de la girola ha sido mal resuelto: porque siendo de muy desigual ancho, los arcos transversales ejercían empujes muy distintos, lo que produjo un gran desplome en las columnas intermedias, y la necesidad de acodarlas con dinteles á la altura de los arranques (2).

En cuanto al equilibrio del cuerpo alto de la cabecera de esta catedral, ha sido profundamente alterado. Hoy tiene, como queda dicho, doble batería de arbotantes para el contrarresto de las crucerías de la capilla mayor: pero basta ver los perfiles de los contrafuertes, lo mal apoyados que aquellos están en los muros de la iglesia, y el material de que están hechos (granito) tan distinto del de el cuerpo de ésta (arenisca), para comprender que esos arbotantes son obra algeadiza, posiblemente del siglo XV. Entonces ¿cuál fué el primitivo contrarresto de esta parte? Observemos, para resolver este problema, que de los dos órdenes de ventanas que hoy

tiene, el inferior no estuvo nunca dispuesto para vidrieras, y que su construcción de dobles columnas, formando un hueco ajimezado, demuestra que son los huecos de un triforio. La existencia de éste se prueba á mayor abundamiento, por dos datos: 1.º un parapeto ó muro que existe aún, bajo el tejado actual, y siguiendo la línea poligonal exterior de

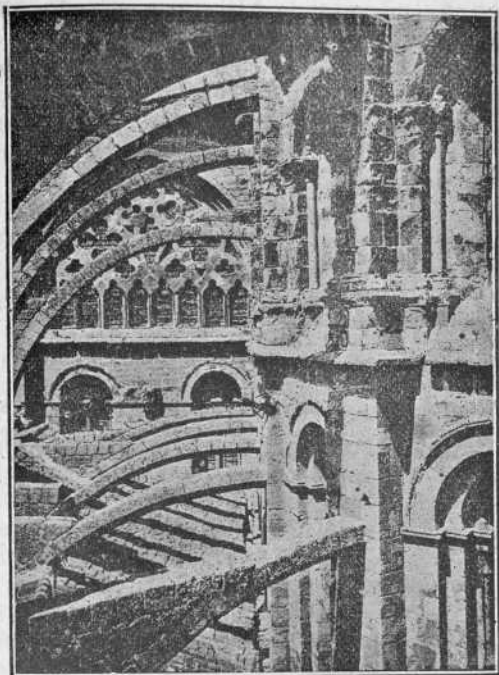
(1) Art. del Sr. Mélida, citado en la Bibliografía.

(2) ¿Serán estos elementos los que han hecho concebir á C. Enlart (ob. cit.) la idea de que las bóvedas de la girola de Avila fueron totalmente rehechas en el siglo XVI?

(1) Art. del Sr. Mélida, citado en la Bibliografía.

la girola, y en el que se conservan unas ménsulas semi-románicas, con sendos salmeres, de unos arcos fajones de cuarto de circunferencia que iban a parar al muro de la capilla mayor; 2.º una roza continua de apoyo de un cañón seguido, que hay en este muro, bajo una impostilla ó vierte-aguas que

AVILA



DETALLE DE LAS CUBIERTAS DE LA CATEDRAL

separa los dos órdenes de ventanas. Estos dos datos, y el de la disposición de los huecos, demuestran que hubo triforio, con los caracteres de los románicos: ocupaba todo el ancho de la girola, y estaba cubierto por una bóveda de cañón de cuarto de circunferencia. Sobre él habría la gran plataforma ó ándito correspondiente al segundo recinto defensivo de que he hablado. Esta necesidad militar sirve de explicación á este triforio; sin ella no quedaba muy claro el absurdo de hacer un sistema de contrarresto *continuo* para equilibrar bóvedas de crucería, que lo empujan en puntos aislados. Concedida la existencia de este triforio, no dejan de presentarse varios puntos oscuros, y el principal es la forma del embovedamiento en los brazos del crucero, donde, por el exterior, existen en el muro de la iglesia, unas ménsulas con salmeres, que no pueden corresponder á la bóveda de cuarto de cañón del resto del triforio.

La existencia de este triforio, complica la arqueología de la Catedral de Avila, pues por él hay que

aproximarla á la escuela angevina-compostelana de que ya hemos visto otro ejemplo en Avila: San Vicente, y existe otro en la Catedral de Santo Domingo de la Calzada (Logroño).

Como se ve por este análisis, el ábside de la Catedral de Avila ha de clasificarse entre las obras de *transición*. Hay, sin embargo en este monumento tal energía de concepción, al lado de tan diferentes medios de resolver las dificultades, que pudiera decirse que era una obra *prematura*, para usar una palabra expresiva de aquel estilo, que yo me atrevería á calificar de *ojival-bárbaro*, más que *transitivo*, pero sin dar al calificativo el menor acento injurioso, sino el de *infantil*.

La segunda parte de la Catedral de Avila la forman la nave del crucero y el brazo mayor. En aquél comienzan ya los titubeos y cambios de estilo, pues mientras los tramos contiguos al crucero tienen la disposición del triforio, y el amago de la bóveda sexpartita, en los extremos de aquél ha desaparecido, y todas las bóvedas son ya de crucería común. El estilo de estas partes es después totalmente ojival, aunque conserva algún rasgo románico, como son los pilares, con núcleo prismático y columnas en los frentes. El brazo mayor tiene tres naves, de las cuales las bajas vuelven en la del crucero, arcos apuntados, enorme ventanal en que la zona correspondiente al triforio se une con la alta, y que ocupa todo el espacio entre pilares, bóvedas de crucería y dobles arbotantes. Como he señalado, existe en muchas de estas partes un *intento* de imitación de la escuela leonesa. Pero en Avila el replanteo es inducto, la ejecución tosca, los arcos mal trazados, los capiteles simplicísimos: todo, en fin, tan deficiente como *estilo* y como *mano*, que no puede considerarse sino como una adaptación no muy feliz del sistema francés.

En la fachada del Oeste hay dos torres, que formaban parte del sistema general de fortificación, pues se comunicaban con el cubo absidal por doble camino cubierto. Entre éstas torres hay un compartimiento abovedado que hoy forma parte de la nave mayor de la iglesia: pero no sucede lo mismo con los bajos de esas torres, que no están en comunicación con las naves laterales, sino incomunicadas con muros. Esta disposición; la existencia de una fachada muy posterior, mal empotrada entre las dos torres, y las señales de haber habido entre éstas, antes de la nave mayor, una construcción que la cerraba, y cuyos empalmes se ven aún; todo hace creer que esta parte de la Catedral de Avila tuvo primitivamente una disposición análoga á la de San Vicente; un narthex entre las dos torres, con la portada en el fondo de aquél y un paso sobre ella (1). ¿Y no

(1) Existen en los muros interiores de las torres las puertecillas de este paso.

pudo ser esta portada la que hoy está colada al lado Norte, y que claramente indica ser obra allí postiza?

* *

La historia de la Catedral de Avila es desconocida, pero claramente se sabe fué falseada durante largo tiempo. Los historiadores de la ciudad nos hablaron de unos maestros llamados Casandro, Florin de Pituenga y Alvar García, romano aquél, francés el otro, y navarro éste, los cuales, allá por los años de 1091 á 1107 en que Ramón de Borgoña restauraba la ciudad, construían la Catedral (1). Todo esto es fantástico. La parte mas antigua de ella, no es anterior á los últimos años del siglo XII, ó principios del siglo XIII; á los dias de Alfonso VIII (2), como parece probarlo el estilo, más que de *transición*, ojival *prematuro*, como he dicho. Por aquella época, suena el nombre de un maestro de la Catedral, llamado Eruchel, cuyo apelativo no es español, seguramente; mas nada sabemos de su intervención en la obra.

Continúa ésta por el brazo del crucero, al comen-

zar el siglo XIV. En 1307 se hacía el brazo del Norte de 1312 á 1355, el Obispo D. Sancho Blázquez Dávila hacía el del Sur, y acaso el resto del brazo mayor. Todo ésto es lo que hace constar algún autor (1). Mas si vemos que los pilares de ese brazo mayor son de núcleo prismático con columnas en los frentes y codillos, es decir, semi-románicos, y que los arcos formeros de naves bajas nacen indoctamente de ellos, acaso pueda suponerse que las obras continuaron en el mismo siglo XIII, perteneciendo al XIV y al episcopado de D. Sancho, la terminación y cerramiento de bóvedas. Ello es que en una Bula del Papa Eugenio IV, expedida en 1432, sólo se habla de *conservación*, lo cual ha de interpretarse como señal de que estaba terminada del todo la Catedral de Avila.

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA.

Arquitecto.

Bibliografía española moderna:

Salamanca, Avila y Segovia (España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia.—Barcelona 1884), por D. José M.^a Quadrado.

Avila: iglesias románicas (España Moderna.—Madrid, Junio 1897), por D. José Ramón Mélida.

La Catedral de Avila.—Informe de la Real Academia de S. Fernando, redactado por el Ilmo. Sr. D. Adolfo Fernández Casanova, para la declaración de Monumento Nacional. (Publicado en *El Diario de Avila* de 19 de Enero de 1901).

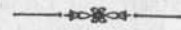
(1) Llaguno se hizo eco, por el pronto, de estas fábulas. Pero acabó por no darlas crédito.

(2) El Sr. Mélida (ob. cit.) dice que hubo una Catedral edificada por el conde Ramón de Borgoña, de la cual sólo queda un trozo de muro á la derecha de la puerta del Norte.

(1) Quadrado (ob. cit.)



Las custodias de plata en Castilla y León ⁽¹⁾



VII

LA CUSTODIA DE LA CATEDRAL DE AVILA

De las hasta aquí tratadas, rompe desde luego la custodia de la Catedral de Avila con las tradiciones artísticas de aquellas de la Catedral de León y monasterio de Sahagún, así como con lo más principal de la de Salamanca, y aún con la de Zamora, y aunque

sucesora inmediata de la de Medina de Rioseco,—bien que el lapso de tiempo de ésta á la de Avila no sea pequeño, y su gusto y estilo, más que tendencias, sino preconcebida escuela, determinan un ideal completamente distinto como manifestación de aquella arquitectura que si alguna vez es interesante es cuando mancha las grandes masas, cuando la escala es de inmensas proporciones;—aun dentro de ese caso, por punto general, su gusto es frío, su arte desabrido, sujeto á las inflexibles reglas y módulos

(1) Véanse los artículos de los números 5, 6, 7, 19 y 30, con este epígrafe, y en el 16 el artículo «Notas sobre orfebrería artística en Medina de Rioseco» del autor, y en el 42, el del señor Vielva sobre «La custodia y el altar de plata de la Catedral de Palencia».

que hacen siempre ó casi siempre monótonas las partes, repetidos los elementos, sin chispa de ingenio y de fantasía los conjuntos.

Por fotografía conocía la custodia de la Catedral de Avila, pero tenía deseos de poderla estudiar *de visu* por ser la primer obra de importancia de Juan de Arfe, de aquel nieto de Enrique é hijo de Antonio, sucesor de ellos en el arte de la platería artística, miembro de aquella dinastía de estimadísimos artífices que llenaron nuestros templos de preciosas obras que en todo tiempo y ocasión serán dignas de estudio en lo concerniente á la historia de las artes suntuarias españolas. Ese deseo pude satisfacerle con motivo de nuestra excursión á la ciudad de Santa Teresa, y aunque la contemplación de la alhaja fué breve, y los apuntes que tomé muy escasos, pude formar juicio de la primera custodia que labró el conocidísimo Juan de Arfe y no me dió lugar para rectificar el concepto que ya tenía formado desde que hace muchos años estudié con detenimiento la de la Catedral de Valladolid.

Como ésta, no fué la de Avila la mejor obra de su clase que labró Juan de Arfe: reservó los mayores entusiasmos y las atenciones más delicadas para la de la Catedral de Sevilla, *la mayor y mejor pieza de plata que de este género se sabe*, según de ella dijo el mismo autor. Pero para mí tiene excepcional importancia la de Avila porque en ella se muestra el mismo afán de separarse de la obra de su padre que éste le había tenido con relación á la obra de su abuelo. Las corrientes de la época, en su ideal de buscar originalidad y nuevas formas, dieron por resultado que Antonio, el padre de Juan de Arfe, aún educado en el taller de Enrique, el autor de las custodias de Toledo, Córdoba, León (1) y Sahagún, labrara las de Santiago y Medina de Rioseco en estilo de Renacimiento español, y que el mismo Juan, educado evidentemente al lado de su padre, labrase las de Avila, Sevilla, Burgos, Osma y Valladolid acentuando las formas de lo que ha dado en llamarse greco-romano. Seguía y subsistía la dinastía de los Arfes; lo que iba variando al compás de la moda era la forma artística, haciéndose cada vez menos sutil, menos ingeniosa y más pesada, y de tales novedades ninguno de los Arfes pudo evadir-

se, rindiendo el tributo debido á la oportunidad, es decir, á las exigencias de la época, al medio ambiente que se respiraba.

Ha sido corriente indicar, y creo que yo mismo he caído en semejante equivocación, que los Arfes fueron sucediéndose en el taller de sus mayores, y que no firmaba una obra mientras no había desaparecido del mundo de la vida el antecesor. Eso hay que rectificarlo, ó por lo menos yo lo rectifico, refiriéndome á Antonio y á Juan. Del mismo modo se ha dicho que Juan vino á establecerse á Valladolid después de haber fallecido su padre, y consta que Antonio era vecino de Valladolid por lo menos en 1544 y que seguía siéndolo en 1566, y si Juan nació en 1535, como dice Ceán Bermúdez, y casó en el mismo Valladolid en 1562, pues en 22 de Julio de este año se firmaba la carta de dote y la de arras en las capitulaciones matrimoniales con Ana Martínez de Carrión, hija del platero Melchor Martínez y de Isabel Gutiérrez, y dos años después empezaba Juan la custodia de Avila en Valladolid también, hay que confesar que éste estableció su primer taller en la ciudad del Pisuerga y que en ella vivía desde su más tierna infancia. En Valladolid residió por largos años Juan de Arfe Villafañe (1) y aquí se labró la custodia de la Catedral de Avila, primera obra de empeño del «escultor de oro y plata», según él mismo se denominaba.

«Responde la tal obra á la fama que tenía el ensayador de la fábrica de la moneda» Fué Juan de Arfe un artista de mérito indudable; hombre cultísimo en todos los ramos de su actividad; un poco llevado de la vanidad, pecado á que le condujeron sus conocimientos sobre el arte de la platería; hizo obras de reconocida importancia; pero se adelantó demasiado y enamorado del pseudo-clasicismo, cuya cabeza principal fué el arquitecto Herrera, hizo la custodia de Avila con formas estudiadas y rebuscadas, con profusión de cuerpos superpuestos, con elementos arquitecturales desnaturalizados, pero sin ingenio, donde no luce el detalle del relieve y menos el conjunto armónico acostumbrado á ver en otras obras del mismo género, incluso en la más modesta que Antonio de Arfe hizo para Medina de Rioseco, en la que encuentra más espontaneidad y gracia aún el menos versado en cuestiones de arte.

Nada menos que seis cuerpos, con el de remate, tiene la custodia de la catedral de Avila en una altura de 1'70 metros. El cuerpo inferior es exagonal, con arcos escarzanos en los frentes, de dudoso gusto y clave muy resaltada; en los ángulos de este cuerpo dispuso el artista; recordando la custodia de

(1) Según las corrientes modernas, y dicho con toda clase de reservas, pasa hoy como cosa averiguada, cosa que por cierto ói en la excursión á León, que la custodia gótica de Cádiz llamada *El Cogollo*, que va dentro de la grande del siglo XVII, es la que fué de la Catedral de León, que se conceptuaba perdida para el arte y hasta se creía había sido amonedada. Esa especie me la ha afirmado también un docto académico de San Fernando, que es fácil se oñe pronto de este asunto. Los documentos pondrán, probablemente, las cosas en claro; pero lo cierto es que la custodia indicada gaditana y la de Sahagún, revelan muchos puntos de contacto, sinó la misma mano, quizás sean de la misma procedencia, del mismo taller, á pesar de la inferioridad de las estatuas de la de Cádiz en relación con la sahanúna.

(1) La madre de Juan fué María de Betanzos, hija de Juan de Betanzos y de Catalina de Billafañe. Tomó, pues, el apellido de la abuela por segundo suyo. El Billafañe pudo ser un error del copista, pues Villafañe es cómo se le conocía.

Rioseco, unos á modo de templetitos de cuatro columnas jónicas cada uno rematados por otros pequeños de cornisilla circular terminados en pirámides con bola en el vértice: el centro de este cuerpo le ocupa un grupo escultórico representando el sacrificio de Isaac; los templetos, de cuatro columnas jónicas, contienen estatuas de las virtudes y otras chiquitas los templetitos terminales de aqué-

da, con arcos semicirculares en los frentes, rematados con pirámides caladas. Como consecuencia racional de tal disposición los intercolumnios ostentan el apostolado, guardia de honor del Santísimo Sacramento.

Exagonal otra vez es el tercer cuerpo, el más desgraciado de la obra. Los machones están sustituidos por grupos de cuatro columnas, que se asientan sobre los ejes de los frentes del exágono del cuerpo inferior, y las seis caras de aquél están en ángulo, es decir que en vez de tener los ángulos del prisma en los grupos de cuatro columnillas, están precisamente en los puntos medios de las claves de los arcos de medio punto que enlazan los repetidos grupos. Esta solución, adoptada también en la custodia de Valladolid, es de censurable gusto y da fea perspectiva á los lados. En el centro de este cuerpo hay una estatuita de la Asunción de la Virgen; sobre las columnillas, parejas de niños que sostienen entablamentos terminados en frontones triangulares.

Volviendo otra vez á la alternativa de formas, el cuarto cuerpo es circular, como el segundo; pero mostrándose Arfe artista de recursos y pretendiendo ser de inventiva, desarrolla el cilindro en seis arcos de medio punto sostenidos por pares de columnas, disponiendo en los ejes de los machones y adelantándose á ellos, otras columnillas con medias cariátides en las partes medias superiores que vienen á recibir el volado y circular entablamento. Tanto en el zocalillo de este cuerpo como sobre el referido entablamento se ostentan balaustradas. El interior de este templete ofrece la estatua del Salvador del Mundo.

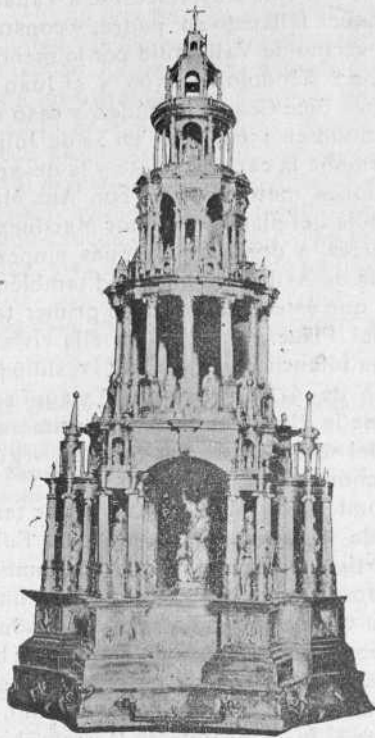
Más sencillo es el sexto cuerpo, que vuelve otra vez á la forma exagonal de la planta. Las seis caras son de medio punto en sus arcos; los ángulos llevan columnillas abalaustradas; el interior, la clásica campanilla.

De la misma planta exagonal es el templetillo de coronación, rematado con una cruz de oro de mano muy posterior á la de Arfe.

Según D. Francisco Giner, esta obra pesa más de 55 kilogramos y costó 14.022 pesetas. Luego dará el peso y precio de coste exactos.

El conjunto de la custodia, aunque muy recargado con la superposición de tantos cuerpos, es agradable, y si las tendencias de la forma general son las de acercarse á las severidades greco-romanas, hay que convenir en que la estructura principal es de la llamada clásica, pero con detalles delicados y caprichosos que recuerdan el estilo del renacimiento que tan popular hicieron los plateros, de donde tomó nombre. En efecto, platerescos son muchos detalles menudos de la labor; las licencias que se permitió Arfe muestran que aún tenía á la vista las obras de su padre, bien que pretendiera, si no ser

AVILA



CUSTODIA DE LA CATEDRAL

illos. El zócalo lleva menudos relieves en las caras de los netos, que representan pasajes del Antiguo Testamento. En las caras de los dos plintos de los ángulos que miran hacia el centro se lee la firma del artífice del modo siguiente:

Joannes de Arphe legion' — faciebat hoc opus An. 1571

El segundo cuerpo, de orden compuesto, ostenta el viril; es circular y le forman doce columnas, es triadas las que corresponden á los ángulos del cuerpo inferior, y con follajes menudamente cincelados los que se encuentran en los ejes de los arcos escarzanos ya dichos. El circular entablamento aparece resaltado en los medios de los doce vanos y da motivo, aunque ilógico, para disponer sobre el cornisamento otros doce templetitos de planta cuadra-

más original que él, más concededor de la Arquitectura al menos, aunque la aplicase en sus obras con exceso de tolerancia de sus reglas y principios.

Y tratando de este particular viene á la pluma una cuestión que hace tiempo motivó una apreciación mía sobre la custodia de la catedral de Palencia, juzgada en términos parecidos á éstos. Expuse en mi librito de «La catedral de Palencia» que la custodia de Juan de Benavente, probablemente hecha en Valladolid, como la de Avila, era una obra de mérito, pero con muchas faltas de lógica en su estructura. Por algunos críticos de mi folleto se echaron al aire las trompas reales; por de pronto era yo el que me había permitido hacer una crítica razonada de tal obra, que todo el mundo había visto siempre casi como una maravilla; no cabía en la cabeza á aquellos censores de mi modesto trabajo que el artista fuera consecuente, porque si se basaba el artista en las formas y detalles de Arquitectura ¿por qué no seguir unas y otros hasta el fin, dando á cada elemento el valor de forma, no de construcción, que verdaderamente tienen? Así se vió hacer en las custodias góticas y en las del renacimiento ¿por qué no había de ser lo mismo en las llamadas clásicas? Precisamente estas debieran sujetarse más y más á la Arquitectura por lo mismo que las líneas descuellan más acentuadamente. Ya lo he dicho antes: no tan clásico Juan de Arfe y sus obras hubieran tenido una importancia inmensa, mucho más inmensa que tienen en la orfebrería española, con ser aquellas siempre estimadísimas, tanto que no hay pieza de platería de estilo greco-romano de buena factura que no se haya atribuido á Juan de Arfe, como que hasta se le atribuyó por mucho tiempo la custodia de Palencia á pesar de la firma de Juan de Benavente, que es fácil no fuera ageno al taller de Arfe, pues que residió también en Valladolid.

No se ha hecho la crítica completa de la obra de Arfe y no es de extrañar que con el tiempo, aquélla parezca rigorista con el autor de «El quilatador de oro, plata y piedras». Su celebrado libro sobre «Varia comensuración para la escultura y arquitectura», lo poseído que estaba de su saber, la especie de desdén con que trataba á los plateros, pues nunca se llamó tal, sino «escultor de oro y plata», como ya he apuntado, los encomios propios sobre su custodia de Sevilla, reputada por él mismo como lo mejor que se había hecho en plata, harán que con él sea más severa la crítica, sin que por eso deje de conocer su verdadero mérito, su valía en las artes y en las ciencias (1).

Y dejo estos particulares para entrar en otros que me han sido proporcionados por D. Manuel Gómez-Moreno, quien con motivo de su catálogo monumental de la provincia de Avila ha recogido infinidad de datos y noticias, completamente desconocidos algunos, sobre artistas y obras de arte. Esos datos constan en las Actas capitulares de la iglesia de Avila y en un libro de Inventarios que se conserva en el «Archivo histórico nacional». Por ellos se sabe que en 20 de Octubre de 1564 «mandan llamar—los capitulares de la iglesia Catedral—para dar poder á las personas que parecerá en el negocio de hazer la custodia», particular que realizan el día 30 del mismo mes, en cuanto que «dan poder al licenciado Soria, canónigo, para hacer la escritura de la custodia que haze en Vallid Juan de Arfe por la fabrica desta yglesia».

Algunos preliminares tuvieron que seguirse, como es natural, para preparar el oportuno contrato con Arfe, y en ellos intervino el platero de la catedral, Albiz, bien informando, sin duda, sobre obra que tanta importancia revestía, bien gestionando con el mismo Arfe la manera de realizar el trabajo que se le encomendaba. Un acuerdo del mismo día 30 de Octubre de 1564 lo da á entender sin género de duda: «mandaron dar á Albiz, contraste y platero de la dha. yglia. (1) 18 ducados por la industria, avisos y trabajo que puso en ella y en el aprovechamiento de la obra y particularidades que hizo advertir». En el mismo día se libraban 200 ducados, «para llevar á Arphe platero de Vallid q. haze la custodia para la yglia».

En seguida, en 8 de Noviembre de dicho año de 1564, se obligó Arfe á hacer la custodia, otorgándose la correspondiente escritura ante Juan de Rozas, escribano público de Valladolid; cuyo protocolo no ha sido consultado por mí, y cuya noticia brindo al excursionista Sr. Miralles Prast, archivero del Colegio notarial de esta ciudad. En las actas capitulares consta que en 15 de Noviembre «se paga lo que el licenciado Soria gastó en Valladolid cuando fué á tomar fianzas de Juan de Arphe, platero, en lo de la custodia que haze».

Por tales documentos se desprende que la custodia se hacía en Valladolid en 1566, se le paga á Arfe en distintos y sucesivos años, y todo hace suponer,

en 1882 en Barcelona, que lleva por autor á Juan de Arfe Villafañe. El no haber visto citado nunca este libro entre las obras de Arfe me hace suponer, ó por lo menos dudar, si el nombre del autor sería un pseudónimo.

(1) Este Diego de Albiz, contraste y platero de la Catedral de Avila, tiene obras conocidas de 1562 á 1577, como por ejemplo dos de los cetros de plata; los otros dos tienen indicios de haber sido hechos por el mismo Arfe en 1564; á lo menos él los empezó y son de su estilo y muy bellos.

(1) Publiqué un libro del *Quilatador*, otro de *Varia comensuración* y la descripción de la custodia de la Catedral de Sevilla; yo poseo un *Manual para construir toda especie de relojes de sol*, editado

pues por aquel entonces residía Arfe en esta ciudad, que aquí se remataría la obra, que con regocijo de la de Avila se terminaba en 30 de Mayo de 1571, nó en 12, según Ceán Bermúdez en nota puesta en la obra conocidísima de Llaguno.

Como tantas veces sucedió, al hacer nuevas obras en las iglesias, que sustituyeran á otras antiguas, pasadas de moda, pero de mucho más mérito artístico y arqueológico que las modernas que las suplantaban, se deshicieron algunas alhajas antiguas para aprovechar la plata en la hechura de la custodia de Arfe. Dióse á este del sagrario 100 marcos de plata de cruces y una consagración y otras piezas, y en efecto, consta que en 1564 se sacaron del sagrario: la cruz grande con su manzana, el relicario de Santa Lucía, la pieza grande con sus ángeles donde estaban escritas las palabras de la Consagración, una cruz de hierro, cuatro beriles de cristal y un cañón de cobre; «Se sacaron para emplearlas en la custodia rica de Arfe». El mismo ó parecido fin tendría una custodia antigua y pequeña, pues existió una con las armas de la iglesia, del papa Martino y del rey, esmaltadas, con cuatro figuras pequeñas de apóstoles en la parte superior y un Calvario encima con dos ángeles á los lados. Pesaba 39 marcos y 3 reales y medio. ¡Cuántas hermosísimas alhajas se han deshecho tontamente para construir con el rico metal obras de mucho inferior mérito, si alguna le tenía!

Para terminar he de indicar algo sobre el peso y valor de la custodia de Avila, sacados de los libros antes referidos.

«Relacion de la custodia — En el año del Señor de 1564....fué acordado de hazer la custodia que la dha iglia tiene la qual hizo Juan de Arphe platero vezino de Vallid con asiento y concierto que labraría y haria cada marco de plata por doze ducados y lo que la dicha custodia costó es lo siguiente:

| | |
|---|------------------------------|
| pesó de plata la dicha custodia que se trujo á la iglia fecha y acabada en 30 días del mes de mayo de 1571, 277 marcos 6 onzas y 4 ochavas y media á 2210 mrs. suman..... | 613980 mrs. y ms. |
| sumó la hechura, a razon de 12 d.º marco | 1 quento 250181 mrs. |
| suman otros gastos menudos según las escrituras q. están en el sagrario en el arca del depósito.... | 43242 mrs. |
| total... | 1 quento 907403 mrs. y ms.º» |

Es decir, reduciendo estas unidades á las nuestras corrientes, que la custodia de la Catedral de Avila pesó de plata 63'912 kilogramos y valía 14.025'02 pesetas.

Todo esto es lo que puedo decir de la custodia de Avila. Ella es una obra de muchísima importancia en la historia de la platería artística; no será una maravilla, cosa que sin duda pareció á su mismo autor la de Sevilla; pero marca perfectamente el paso del arte del renacimiento al mal llamado greco-romano; es una obra transicional dentro del periodo de transición que casi en conjunto comprende el estilo plateresco español; retrata admirablemente las tendencias generales de la época, en cuanto al arte se refiere, y es, por último, la primera obra de pretensiones del más celebrado de los Arfes, cuya fama es poco menos que universal, bien que demostrara en cuantas ocasiones le deparó la suerte que era un hombre de conocimientos profundos, trabajador infatigable, muy superior á la inmensidad de plateros como entonces residían en Castilla, y más especialmente en Valladolid.

JUAN AGAPITO Y REVILLA.

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Catálogo general de curvas, por el Excmo. Sr. don Joaquín de Vargas y Aguirre.—Madrid 1908.

Hace pocos meses dimos noticia de una verdadera obra monumental debida á los esfuerzos de uno de nuestros eruditos consocios, obra que se ha generalizado, y aún se difundirá más, por su

mérito relevante; hoy tenemos que dar somera cuenta de otra obra de las calificadas de notables, debida también á las actividades de otro consociado: nuestro acompañante en muchas excursiones Sr. Vargas, presidente de la Comisión delegada de Salamanca.

Con el modesto título de *Catálogo general de*

curvas, ha compuesto nuestro ilustrado compañero un voluminoso libro de más de mil páginas, que compendia de modo admirable las propiedades principales de las distintas curvas conocidas en los variados ramos de las ciencias y de las artes.

No es posible seguir una marcha ordenada en el estudio de la obra, pues el autor ha dado el orden alfabético, lo que facilita en cambio su consulta; y, en efecto, ese es el notable mérito del libro: lo será siempre de consulta sin haber pretendido tanto nuestro distinguido amigo y antiguo profesor, porque en el cúmulo de cerca de mil curvas de que trata, se encuentran de todas clases y de todos los gustos; ha hecho un verdadero inventario de las múltiples curvas que se manejan ó se anuncian solamente en los libros de ciencia, sin olvidar las que traza de continuo el artesano en su habitual oficio. Sin perjuicio de tratar algunas de ellas muy someramente, por su escasa importancia ó aplicación, estudia, aunque siempre con brevedad, único modo de hacer aplicable á la práctica el conienzudo trabajo del Sr. Vargas, la historia, ecuación, forma, propiedades y bibliografía de las curvas que tienen nombre especial ó significativo por algún concepto. Desde las curvas elevadas de las altas matemáticas, caprichos de la ciencia muchas, sin más ulterior aplicación que servir de entretenimiento de la ciencia, por decirlo de un modo vulgar, hasta la elementalísima y democrática circunferencia, todas las conocidas curvas pasan ante los ojos del lector como antiguos camaradas que torturaron á veces las angustiosas horas de nuestros estudios juveniles, presentándose otras como señores completamente desconocidos á quienes saludamos con todo respeto, por lo mismo que ignoramos de donde vienen y para qué han venido. Únicamente echamos de menos en el estudio de benedictino de nuestro estimado amigo una clase de curvas que no nos atrevemos á citar aquí.

El trabajo que ha acumulado el Sr. Vargas es abrumador, y bien se notan y observan en él los amores que siente tanto por la profesión de arquitecto que ejerce, como los cariños que mantiene por las ciencias exactas de cuya facultad es también graduado.

Para terminar, y este es el mérito oficial reconocido á la obra, el trabajo fué premiado, en concurso público, por la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, valió al autor ser nombrado académico correspondiente de la misma, y que la misma Academia costeara la edición de tan monumental libro, con el que se enriquece nuestra bibliografía científica.

Felicitemos por el hermoso éxito que ha tenido la obra á nuestro antiguo maestro, estimado colega y activo excursionista, y deseamos que su pluma, que ha amenizado las columnas de este *Boletín*

más de una vez, no permanezca ociosa en nuestras aficiones, que también son de nuestro consocio, y nos dedique las primicias de sus estudios sobre los monumentos de la tierra de Salamanca, que tan admirablemente conoce.

* * *

Doctrina cristiana del P. Jerónimo de Ripalda é intento bibliográfico de la misma. Años 1591-1900,
por D. Juan M. Sánchez.—Madrid: 1909.

Con el modesto título que se indica, nuestro erudito consocio D. Juan M. Sánchez, ha dado á la estampa un curiosísimo libro, preciosamente editado, en el que después de una breve biografía del sabio jesuita P. Ripalda, autor del conocidísimo Catecismo de la Doctrina cristiana, se copia fielmente, á plana y renglón y con la ortografía y referencias antiguas, el ejemplar de dicho catecismo que el P. Uriarte halló de la edición de más larga fecha hasta estos días. Es este de 1591 y fué impreso en las prensas de Felipe de Junta, en Burgos.

Con ser tan notable esta exacta trascripción, hecha con tipos modernos, que á muchos parecerá falta de reproducciones fotográficas, pero que á mí me satisface, porque el emplear tipos antiguos á nada conduce, lo interesante del libro del Sr. Sánchez es la última parte, que titula «Intento bibliográfico» en el que se citan hasta 472 ediciones del Catecismo del P. Ripalda, sencillas algunas, otras con adiciones y correcciones modernas, y hasta explicado ampliamente en muchas, á más de citarse las ediciones hechas en el extranjero, y las de Filipinas y de América española en la lengua propia de sus países.

No ha sido, precisamente, el Catecismo del padre Ripalda el más usado en Castilla, y desde muy antiguo fué el del P. Astete el que aquí se señaló para la enseñanza de los niños como de empleo más corriente; sin embargo, á más de la edición que sirve al autor para la copia referida, se citan en tan extensa bibliografía algunas ediciones hechas en nuestra patria, entre las que cuento la de 1809 de Avila, imprenta de Ramón Ruiz; la de 1845 de Valladolid (Viuda de Roldán), ilustrada con 26 láminas; la de 1846 de Segovia (Sobrinos de Espinosa); la de 1862 de Valladolid (Julian Pastor); la de 1874 de Béjar (Rufino Raulet); la de 1887 de Valladolid (Viuda é hijos de Cuesta); la de 1894 de Burgos (Sucesores de Arnáiz); la de 1898, también de Burgos, (Hijos de F. Rodríguez), y la de sin año de Valladolid salida de la imprenta de Alonso del Riego. A más de todas estas ediciones se citan también muchas del Catecismo explicado de D. Santiago José García Mazo, que si lo era del P. Astete, conviene del mismo modo al Ripalda, hermoso libro que pocos

serán los que no le conservan desde que en la escuela por primera vez le leyeron. La mayor parte de las ediciones de este libro se hicieron en Valladolid, por ser el licenciado Mazo magistral de la Catedral vallisoletana, y si cita el Sr. Sánchez varias ediciones sin pie de imprenta, apunta una de Julian Pastor, dos de la de Aparicio y muchísimas de la casa Juan de la Cuesta y Compañía, luego Viuda é hijos de Cuesta y últimamente D. José Manuel de la Cuesta, que es el actual propietario de la conocida imprenta.

El libro de nuestro consocio Sr. Sánchez es curiosísimo aun para los no bibliófilos: lleva, por lo me-

nós, las simpatías de tratar de un librito que si manoseamos de niños, sin comprender el alcance de muchas cosas que allí se dicen, compendian de modo admirable, con tal «precisión, claridad y sencillez» los principales misterios de la Fe y las obligaciones del cristiano, que aún de mayores, si la memoria se revela, tenemos que buscar en algunos apuros.

El Sr. Sánchez no ha escatimado gasto de ningún género en la presentación del libro que reseñamos; por todo ello le felicito, deseando que su autorizada pluma se manifieste con frecuencia en nuestras columnas.

J. A. Y R.

NOTICIAS

Han sido muchos los estimados consocios que se han acercado á los señores que componen la Comisión directiva en busca de noticias de la proyectada excursión á Valencia. A todos ellos se les ha manifestado que dicha excursión ha sido proyectada para el próximo mes de Octubre, con objeto de dejar pasar la época de los calores y las ferias de nuestra ciudad, así como que para el mes citado se preparan grandes fiestas en la ciudad del Turia y tendrá, según noticias seguras, grandes atractivos la exposición, punto principal de la visita de esta Sociedad á la ciudad valenciana, sin que por eso deje de rendirse el tributo debido, como se hizo en Zaragoza, á los monumentos y demás curiosidades que tiene la simpática y culta capital. De todos modos, como la comisión directiva se complace siempre en servir á los señores socios facilitándoles cuantos datos crean de interés, pueden acercarse, los señores que deseen hacer dicha excursión en estas vacaciones del verano, á la Comisión, pues que prepararía una excursión á la mayor brevedad, siempre que los adheridos sean por lo menos diez, para poder utilizar las ventajas de rebajas de precio en los billetes de ferrocarril y en los alojamientos.

Dificultades nacidas en la preparación de los fotograbados correspondientes han motivado el retraso en la salida de este número, cuya falta suplícamos sea dispensada, procurando que el número siguiente salga lo más pronto posible para ponernos al día y no sufrir demoras que nosotros somos los primeros en lamentar.

Para el presente número estaba preparado y compuesto un notable trabajo debido á nuestro distinguido consocio don Manuel Gómez-Moreno Martínez sobre «Vasco de la Zarza», estimadísimo escultor que dejó obras muy apreciables en Avila y que ha sido descubierto por el erudito arqueólogo español en sus estudios para preparar el catálogo monumental de la provincia de Avila. El mismo retraso de los fotograbados ha hecho que retiremos tan amena y curiosa disquisición, como la que nos ofrece el señor Gómez-Moreno, dejando para el número próximo la publicación del estudio que habrá de ser espléndidamente ilustrado con grabados intercalados y cuatro fototipias.

También en número siguiente publicaremos un trabajo de D. Abelardo Merino Alvarez sobre los becerros y toros de piedra que con tanta abundancia se encuentran en tierra de Avila, muy principalmente.